

# El que da modo y orden de los *Ejercicios Espirituales* *Tres etapas en la práctica de Ignacio de Loyola*

di EMILIO GONZÁLEZ MAGAÑA S.J.\*

## 0. Introducción

La práctica de los Ejercicios Espirituales presenta una doble problemática en nuestros días que atañe tanto a quien los hace, como a quien da el modo y orden de los mismos. Por una parte, constatamos la falta de preparación del “*sujeto*” que los hace a tal punto que, en muchas ocasiones, el retiro fracasa, o no se obtienen los frutos esperados porque quienes los hacen no tienen “*sujeto*”, en términos propiamente ignacianos. En muchos casos, los ejercitantes ni siquiera debieron haber sido aceptados a vivir la experiencia<sup>1</sup>. Por otra parte, es común encontrar que quien da el modo y orden de los Ejercicios tiene una deficiente o nula preparación para acompañar correctamente la experiencia según el método ignaciano. No hay que dar por supuesto que quien ha hecho alguna vez el retiro ignaciano, incluidos los jesuitas, sea capaz de ser un buen acompañante. También es necesario recordar que en la práctica de los Ejercicios auténticamente ignacianos lo esencial no es la presencia de un buen predicador, de alguien con facilidad de palabra o de un intelectual que exponga novedades teológicas, filosóficas, o de otras disciplinas, por importantes que sean, puesto que dos son los actores centrales del retiro: el Espíritu Santo y la persona que los hace; el acompañante es un simple instrumento y nunca debe ocupar el primer puesto<sup>2</sup>. Asimismo, quien da modo y orden debe entender que se trata de una experiencia de búsqueda de la voluntad de Dios, por lo que jamás debe dirigirla como si se tratara de una dinámica de grupo o una terapia psicológica. Esto ha dañado notablemente la identidad propia de la práctica ignaziana. Aun cuando sea difícil reconocerlo, no hemos superado la situación que con lucidez profética presentaba el Padre Pedro Arrupe, S. I., entonces Prepósito General de la Compañía de Jesús:

\* EMILIO GONZÁLEZ MAGAÑA S.J., Profesor en el Instituto de Espiritualidad de la Pontificia Universidad Gregoriana, [emilio@unigre.it](mailto:emilio@unigre.it)

<sup>1</sup> Cf. COUPEAU, José Carlos/GONZÁLEZ MAGAÑA, Jaime Emilio. (2007). “*Sujeto*”, en: GEI. *Diccionario de Espiritualidad Ignaziana*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, pp.1662-1668.

<sup>2</sup> Cf. GONZÁLEZ MAGAÑA, Jaime Emilio. “El ‘sujeto’ de los Ejercicios Espirituales en la experiencia de Ignacio de Loyola”. En: “*Apuntes Ignacianos*”, 65, (mayo-agosto 2012), Bogotá: CIRE, pp. 22-41.

Si aquellos que vienen a nosotros no están preparados para hacer los Ejercicios como se debe, mejor es tratar de prepararlos por otros medios o procedimientos (conferencias, grupos de estudio, oración en común, cursillos, etc.). Pero no deben llamarse Ejercicios de San Ignacio otras actividades o reuniones espirituales, apostólicas, de estudio, etc., que no cumplan con lo requerido por ellos. Por otro lado, la experiencia muestra aun hoy -y podría citar muchísimos ejemplos- que aunque parezca a veces que convendría ‘suavizar’ o reducir los Ejercicios, cuando son hechos con toda seriedad los ejercitantes quedan muy contentos. No cedamos por tanto, fácilmente. Antes al contrario, veamos en esas dificultades más bien una llamada para renovar este apostolado volviendo a la idea de S. Ignacio con todo lo que lleva consigo. Tenemos en los Ejercicios un tesoro que no podemos falsificar ni perder<sup>3</sup>.

Con no poca tristeza, durante los últimos años hemos constatado el bajo número de experiencias que se realizan siguiendo el método ignaciano “*exactamente y en retiro*”. Peor aún, cuando los jóvenes requieren ser acompañados en su búsqueda de Dios y en un proceso de elección del estado de vida, son rechazados por quienes afirman que no son capaces de vivir la práctica ignaciana con seriedad y dedicación plena. Con frecuencia, hemos escuchado algunos acompañantes que se manifiestan en el sentido de que no es posible seguir el método ignaciano, estrictamente hablando, porque los jóvenes son reacios a vivir situaciones de intensidad espiritual y son, asimismo, poco capaces de asumir compromisos responsables y de por vida. Algunos matizan la afirmación y opinan que es sumamente difícil practicar el retiro durante treinta días con el rigor, sistematización y disciplina que exigen los Ejercicios completos. Por esto han decidido ofrecer la experiencia solamente a adultos, y en particular a religiosos ya que éstos son mucho más fáciles de atender. Otros más, opinan que sólo en pocos casos -muy especiales- han podido llevar a cabo las exigencias planteadas por Ignacio de Loyola para la experiencia espiritual exactamente en retiro, silencio y soledad. En síntesis, son pocos quienes han decidido confiar y dar los Ejercicios completos a jóvenes de diferentes edades. Solo han aceptado el reto una vez que han comprendido lo que significa dar los Ejercicios después de una preparación adecuada del “*sujeto*” que los hace.

### ***0.1. Un poco di historia***

Durante el período del Padre Pedro Arrupe, S. I. como Preósito General, la Compañía de Jesús reconoció que, en términos generales, el ministerio de los Ejercicios Espirituales representaba un apostolado importante dentro de las opciones apostólicas de la Orden, aun cuando esto variaba notablemente de una Provincia a otra. En una encuesta realizada por el Centro Ignaciano de Espiritualidad de Roma en 1982, se preguntaba a la Compañía de Jesús sobre el ministerio de los Ejercicios Espirituales<sup>4</sup>. De las 83 Provincias, Vice-provincias y Regiones que existían entonces, respondieron 62 y coincidían en afirmar que existían muchas casas de Ejercicios de su propiedad o dirigidas por

<sup>3</sup> ARRUPE, Pedro. 14 de febrero de 1972.

<sup>4</sup> CENTRUM IGNATIANUM SPIRITUALITATIS . (1984). “El Ministerio de los Ejercicios en la Compañía de hoy. Resultados de una encuesta”, *CIS*, Vol. XV, 3/47, 1-123.

jesuitas, que muchos de sus ellos estaban destinados de tiempo completo a dar los Ejercicios en esas casas o en otras muchas dedicadas a prestar ese servicio. Otros, -se decía- conscientes de su significado, propagaban este ministerio espiritual como segunda actividad. En el vaciado de las respuestas a las encuestas, se podía ver con nitidez cómo los grupos menos favorecidos en recibir los beneficios de los Ejercicios Espirituales habían sido precisamente los jóvenes, aun cuando, por otra parte, se confesaba que era el sector de la juventud el que más interesaba a los que daban *modo y orden*. En el mejor de los casos, los jóvenes habían sido atendidos única y exclusivamente cuando habían estado matriculados como alumnos en alguna institución educativa de la Compañía de Jesús, ya fuera colegio o universidad. Posteriormente, el P. Peter Hans Kolvenbach, S. I., -entonces Preósito General de la Orden-, insistió en la importancia de dar los Ejercicios como base de la promoción vocacional y que ésta era una responsabilidad insoslayable del servicio a la Iglesia. Asimismo, expresaba su preocupación por la identidad jesuítica, un verdadero testimonio de vida religiosa y la falta de vocaciones de hermanos coadyutores. Nos urgió a ejercitar un auténtico discernimiento ignaciano, buscando entender el trabajo de Dios al interior de la Compañía de Jesús, de la Iglesia y del mundo. Pidió, igualmente, un esfuerzo renovado por entender con apertura y sensibilidad el modo de ser de los jóvenes, de tal forma que se presentara el modo de ser jesuita, nuestra espiritualidad y la posibilidad de ser también compañero de Jesús, como lo fueron en su momento, Ignacio de Loyola y un grupo de jóvenes universitarios<sup>5</sup>.

## 0.2. La situación actual

Afortunadamente, el ministerio de los Ejercicios Espirituales ha suscitado un interés creciente de la Compañía de Jesús, que se ha manifestado de un modo especial en las Congregaciones Generales recientes, las que han reconocido que todavía falta mucho por hacer y que es necesario seguir renovando la práctica fundante en nuestro modo de proceder. Asimismo, es generalmente aceptado que en el campo de los jóvenes aún hay un arduo camino por recorrer y esto ha propiciado que hagamos un serio cuestionamiento sobre lo que se debería poner en práctica hoy para hacer efectivos todos los buenos deseos y propósitos explicitados, tanto en las encuestas oficiales, como en los documentos más importantes de la Orden de los últimos años. Continuamente se hace mención a una práctica que tuvo mucho éxito en años anteriores y se echa de menos la inspiración de las fuentes para que lo se hace en la actualidad, conjugue creatividad y fidelidad a la espiritualidad ignaciana. Se insiste en la urgencia de que los Ejercicios Espirituales recuperen el verdadero espíritu de San Ignacio de Loyola y la centralidad de este ministerio, decisivo en nuestra historia.

<sup>5</sup> KOLVENBACH, S. I. Peter Hans. (2007). *Primer Congreso Internacional sobre promoción de vocaciones*, efectuado del 21 al 25 de julio de 1997 en Loyola. Carta sobre la promoción de vocaciones del 29 de septiembre de 1997. En: *Sección de escritos del P. Peter Hans Kolvenbach. 1991-2007*. Madrid: Curia del Provincial de España, pp. 41-43.

### 0.3. Objeto del estudio

Por todo lo anterior, consideramos necesario e inaplazable recurrir a las fuentes de la Compañía de Jesús con el objeto de conocer la forma como Ignacio y los primeros compañeros enfrentaron los retos que la sociedad y la Iglesia les presentaron entonces. Nuestras preguntas serán las siguientes: *¿qué criterios de selección de candidatos utilizaron? ¿A quiénes favorecieron o privilegiaron Ignacio y los primeros compañeros con su práctica de Ejercicios? ¿Existieron jóvenes entre los jesuitas que daban el modo y orden en la primera Compañía? ¿Cómo se comportaron respecto a los candidatos considerados idóneos? ¿Qué tipo de Ejercicios les dieron?* Persuadidos de que encontraremos respuestas a estos cuestionamientos de modo tal que podamos plantear algunas pistas de acción útiles para refundar la práctica de nuestros días, nos planteamos algunas hipótesis de trabajo: *si es verdad que en su tiempo los primeros compañeros eligieron a algunos jóvenes considerados idóneos para la vivencia espiritual ¿por qué no agregarlos a la lista de ejercitantes prioritarios a los que habría que intentar acceder para ser más eficaces en la así llamada nueva evangelización e inculturación en nuestros días? ¿Cómo pueden iluminar nuestro ministerio los criterios de selección de candidatos seguidos en tiempos de los primeros compañeros? ¿Si para Ignacio fue tan importante la formación de los directores de Ejercicios, por qué no lo intentamos nosotros aquí y ahora?*

En este sentido, con este trabajo se quiere poner las bases que nos permitan conocer si los jóvenes de entonces fueron depositarios de la confianza de Ignacio de Loyola y los primeros compañeros y si creyeron en la posibilidad de que ellos pudieran hacer los Ejercicios completos. Si así fuera, esa realidad nos servirá de estímulo para fundamentar, con y desde los Ejercicios Espirituales, una pastoral juvenil plena y auténticamente ignaziana con los jóvenes de nuestro tiempo. En primer lugar, analizaremos los inicios de la práctica de los *Ejercicios*, para después abordar la práctica de Ignacio de Loyola y, en un tercer momento, trataremos de la práctica de algunos de los que se consideraron los mejores en darlos porque de sus experiencias se aprovecharon mucho quienes redactaron los primeros “*Directorios de Ejercicios*” hasta concluir con la redacción del “*Directorio Oficial*”, publicado por el P. Claudio Acquaviva d’Aragona, quinto prepósito general, en 1599<sup>6</sup>.

## 1. Los inicios de la práctica de los *Ejercicios*

Una primera situación problemática con la que nos enfrentamos ha sido asumir que si ya de por sí resulta difícil conocer a fondo las diversas experiencias que se tuvieron en los inicios de la práctica del ministerio de los Ejercicios, mucho más complicado aún nos resulta conocer lo que hicieron los primeros compañeros, con Ignacio a la cabeza, en su

<sup>6</sup> Cf. GONZÁLEZ MAGAÑA, Jaime Emilio. “El ‘sujeto’ de los Ejercicios Espirituales según la práctica regulada por los Directorios”. En: “*Apuntes Ignacianos*”, 65 (mayo-agosto 2012), Bogotá: CIRE, pp. 42-65.

acompañamiento a los jóvenes en la búsqueda de su conversión a Dios y a los hermanos a través de los Ejercicios. Ignacio Iparraguirre, en su magnífica obra sobre la historia de la práctica de los Ejercicios, reconocía ya este problema al afirmar que “encontramos muy poco roturado el campo”<sup>7</sup>. Al constatar las limitaciones de los autores que se han dedicado a la investigación de este aspecto de nuestra historia como Compañía de Jesús<sup>8</sup>, nos ofrecía su trabajo como punto de referencia para subsecuentes investigaciones en esta materia. En las líneas que siguen, intentaremos seguir las indicaciones de Iparraguirre en la búsqueda de datos que puedan iluminar lo que debió haber sido la práctica de los Ejercicios y la forma como los promovieron los primeros jesuitas en los diferentes estratos de la población.

Las fuentes, en su enorme riqueza y variedad, junto con algunas obras de autores clásicos de la historia de la Orden y su espiritualidad, han sido el objeto de nuestra atención e interés. Las más de las veces aportan sólo datos escuetos, alusiones breves al hecho investigado por lo que no podemos conocer muchos detalles de la organización, contenidos y seguimiento de los Ejercicios. Sabemos, sí, que los jóvenes fueron sujetos de preocupación e interés por parte de los primeros jesuitas. Además, podemos afirmar, ateniéndonos a la razonable certeza proporcionada por los documentos analizados, que fueron privilegiados prioritariamente en los primeros ministerios de la naciente Compañía de Jesús y que la misión encontró en ese tipo de Ejercicios una veta rica y variada, profunda y esperanzadora para la consolidación y posterior expansión de otros ministerios. Podemos afirmar que fueron una base, una cantera inmensa y sólida para las vocaciones a la Compañía y, posteriormente, cimiento para la creación de colegios y universidades como un ministerio de gran relevancia y significado para la naciente Orden.

## 2. La práctica de Ignacio de Loyola como quien da modo y orden

San Ignacio nunca usó la palabra “director” sino “*el que da los Ejercicios*” y a ellos les da los detalles del “modo y orden” como deben proceder en la práctica con “*qui exerce-*

<sup>7</sup> IPARRAGUIRRE, Ignacio. (1946). *Práctica de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola en Vida de su Autor (1522-1556)*, Bilbao-Roma: Biblioteca Instituti Historici S.I. Vol. III. El Mensajero del Corazón de Jesús. Institutum Historicum Societatis Iesu. p. 45.

<sup>8</sup> Ignacio Diertins - nos dice Iparraguirre -, en su *Historia de los ejercicios espirituales en tiempos de San Ignacio*, “se contenta con extractar lo que ha encontrado sobre los ejercicios en la *Vida de San Ignacio* de Maffei, y Bartoli, y en la *Historia*, de Orlandini, y con copiarlo - no resumirlo - ni darle nueva forma sino completamente *copiarlo* ordenándolo. Su obra es nada menos y nada más que un mosaico compuesto con los materiales de los tres autores ya mencionados... Mucho más personal y elaborado, aunque no tan fiel, es el *Ensayo histórico*, publicado por el P. Henri Bernard en 1926. Se extiende en su relación hasta la publicación del *Directorio* oficial (1599)... Todos los autores que han tratado de la historia de la Compañía antigua, han tocado el punto de los ejercicios, pero por los desperdigados que se encontraban los datos en las fuentes y por falta de una monografía básica, se detienen muy poco en esta materia...”. IPARRAGUIRRE, Ignacio. (1946). *Historia de la práctica...*, Opus cit., pp. 45-47.

tur”<sup>9</sup> o “ejercitante” como se le llamará más tarde<sup>10</sup>. Empleaba la palabra “modo” para indicar una realización distinta que podía tener una variable fundamentalmente en los Ejercicios o en las Constituciones. Indica también la forma de hacer una cosa, cómo se concibe la realización de alguna actividad o la forma de comportarse una persona. Por lo que se refiere a la palabra “orden”, la usa para indicar la organización y disposición regular de las cosas. Indica también normalidad, tranquilidad, las diversas categorías de un asunto, su rango, importancia, clase, etc. Se refiere al “modo” en la primera Anotación cuando afirma que “*por este nombre, ejercicios espirituales se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental...*”<sup>11</sup>. Y más adelante, al expresar que “... *por la misma manera todo modo de preparar y disponer el ánima para quitar de sí todas las afecciones desordenadas...*”<sup>12</sup>. Era de suma importancia el modo como daba a otros los Ejercicios de suerte que se lograra verdaderamente que quien hacía los Ejercicios viviera una experiencia profunda de búsqueda de la voluntad de Dios. El “modo y orden” para dar los Ejercicios es un reflejo de la flexibilidad de Ignacio de Loyola en relación a la realidad circundante y sus necesidades. El método seguido por él en los inicios del ministerio de Ejercicios fue cambiando según fueron modificándose sus objetivos, de acuerdo también a lo que la experiencia le iba aconsejando<sup>13</sup>.

Una constatación inicial es que, del análisis de los datos que nos proporciona la historia de la Compañía de Jesús, no podemos afirmar a ciencia cierta que lo que motivó a Iñigo López de Oñaz y Loyola a trasladarse a la ciudad universitaria de Alcalá de Henares, hacia marzo de 1526, haya sido el trabajar con los jóvenes universitarios. Sin embargo, es claro que el contacto que tuvo con esos estudiantes influyó definitivamente en su trabajo posterior y en el tipo de ejercitantes que elegiría, sobre todo, en su estancia en París. Tampoco podemos certificar que fue sólo su interés por los estudios y las nuevas corrientes teológicas humanistas lo que motivó la elección de la Universidad del Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros cuando siguió los consejos de su profesor Jerónimo Ardévoll en Barcelona. Es un hecho que lo que ocupó la mayor parte de su tiempo no fue su amor al estudio, sino su deseo de compartir la experiencia de Manresa de una manera regular con algunos jóvenes universitarios que vivían en los colegios mayores complutenses. Aunque hay algunos indicios que nos sugieren la posibilidad de que ya desde Barcelona mostrara algún interés en buscar algunos compañeros, es precisamente en Alcalá de Henares donde lo vemos acompañado por algunos jóvenes que serían los primeros a quienes ofrecería la oportunidad de vivir una experiencia de Ejercicios en alguna de sus modalidades.

<sup>9</sup> LOP SEBASTIÀ, Miguel. (2000). *Los Directorios de Ejercicios. 1540-1599*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, pp. 25-27.

<sup>10</sup> LOP SEBASTIÀ, Miguel. (2000). *Los Directorios de Ejercicios. 1540-1599...*, Opus cit., pp. 31, 32, 37.

<sup>11</sup> Ejercicios Espirituales, 1,2

<sup>12</sup> Ejercicios Espirituales, 1,3

<sup>13</sup> Cf. GONZÁLEZ MAGAÑA, Jaime Emilio. (2007). “Modo y Orden”, en: GEI. *Diccionario de Espiritualidad Ignaziana*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, pp. 1274-1278.

Sabemos que los primeros compañeros de Iñigo López de Oñaz y Loyola en el mundo universitario fueron el vasco-sevillano Juan de Arteaga, el segoviano Lope de Cáceres, el portugués Calixto de Sá y, más tarde, el francés Juan de Raynalde, llamado cariñosamente Juanico, pues era el más joven<sup>14</sup>. Se trataba de unos mancebos estudiantes perfectamente identificados como tales en los procesos seguidos en su contra por las autoridades eclesiásticas. El ambiente universitario, el tipo de estudiantes, sus ambiciones e ilusiones, influyeron de tal forma en él que desde entonces vio la conveniencia de buscar jóvenes idóneos y capaces para que dieran más fruto en el trabajo por el Reino de Dios, aunque al mismo tiempo, asumiera que no era nada fácil convocarlos e invitarlos a compartir su proyecto, sobre todo tomando en consideración que buscaban afanosamente los “premios”, es decir, cargos de privilegio en el Consejo Real, en las Chancillerías o en la Iglesia. La cercanía con los estudiantes lo convenció de la importancia de estar cerca de ellos y ayudarles a elegir un estado de vida que en realidad les diera plenitud y satisfacción, a la vez que les invitara a ser instrumentos de conversión de otros. El contacto con ese mundo tan novedoso le ayudó a vislumbrar la conveniencia y necesidad de trabajar con aquellos que un día estarían al frente de los destinos del entonces reino más poderoso del mundo. Se persuadió que era conveniente ayudarles a desear algo más que no fuera la ambición de riquezas materiales y culturales, el anhelo de ocupar puestos de privilegio en el gobierno de las diócesis. Era consciente que, un día, esos universitarios llegarían a ser dirigentes civiles y eclesiásticos, redactarían las leyes, estarían a cargo de la salud de las personas e, igualmente, si Dios fuese servido, serían los pastores, encargados de llevar el mensaje de conversión y salvación como correspondencia a una vocación que él mismo había recibido. Todavía estaba vivo su recuerdo de la Corte del Rey Fernando el Católico cuando, en Arévalo, estuvo al servicio del Contador Mayor Don Juan Velázquez de Cuéllar y después en Navarrete, con el Duque Don Antonio Manrique de Lara, Virrey de Navarra. No había olvidado cómo cuando él era joven había experimentado deseos y ambiciones por elegir un estilo de vida para el que ninguna cortapisa sería obstáculo digno de tenerse en cuenta. La aceptación de su pasado y la apertura a un futuro diferente en el que Dios era el centro, terminó por convencerlo de que era necesario trabajar con los jóvenes estudiantes pues estaba persuadido de que eran ellos de quien ciertamente se esperaba mucho fruto.

<sup>14</sup> Cámara asegura que le oyó decir a Ignacio que “se partió solo” para Alcalá, “aunque ya tenía algunos compañeros, según creo”. *Acta P. Ignatii*, MHSI. (1943). Monumenta Ignatiana, Series Quarta, *Scripta de S. Ignatio*, Tomus I, *Fontes Narrativi de S. Ignatio de Loyola et de Societatis Iesu initiis*, Vol. I, Narrationes, 438. En adelante: FN, I. Y Polanco nos da más datos al decir que tuvo algunos compañeros “un tal Artiaga (Juan), que después murió Obispo en las Indias; y un otro Cáceres, que servía al visorrey, y un otro que se decía Calixto... Comenzó desde allí a tener deseos de juntar algunas personas a su compañía para seguir el diseño que él desde entonces tenía de ayudar a reformar las faltas que en el divino servicio veía, y que fuesen como trompetas de Jesucristo”. *Sumario Español*, FN I, 170-171. Véase también: SUQUÍA GOICOECHEA, Ángel. (1988). *Un maestro y un alumno de Alcalá Pedro Sánchez Ciruelo e Iñigo de Loyola (1526-1528)*, Discurso leído el día 16 de octubre de 1988 en la recepción pública del autor, Madrid: Real Academia de la Historia, p. 15 y FN, I, 472-473.

Iñigo López de Oñaz y Loyola seguía en proceso de conversión y eso le permitió ser más flexible al enfrentar la realidad circundante y sus necesidades. En Manresa, había sido tocado por Dios como el pedagogo que lo aceptó en su realidad de pecado y lo lanzó a la aventura de convertirse a Él y a los demás; sabía, asimismo, que lo que había recibido podía ser útil en la conversión de los demás. El método seguido por él en los inicios del ministerio de Ejercicios se iría adaptando a la nueva realidad que enfrentaba y fue modificando sus objetivos, de acuerdo a lo que la experiencia le iba aconsejando. En este proceso de adaptación y transformación, podemos distinguir tres etapas claves: 1). En un primer momento, privó su deseo de que mucha gente se convirtiera, por lo que se dedicó al pueblo sencillo, a las mujeres y estudiantes. 2). Un segundo período está dominado por la necesidad de encontrar sujetos capaces para el incipiente grupo de compañeros; comenzó por ganar a los universitarios de París y después se amplió a otros jóvenes y letrados. 3). El tercero y último de estos estadios fue el que dedicó a la formación de hombres capaces para que retransmitir su propia vivencia. Estamos ante una tercera etapa que bien podría ser llamada de formación en la que Ignacio fue “director de directores”. En esta última fase de su vida, Ignacio dio pocos Ejercicios a gente de fuera y se dedicó prioritariamente a educar y formar a quienes lo habrían de suceder en tan maravillosa tarea. Finalmente, coincidiendo cronológicamente con esta etapa, podemos concluir que en la última parte de su vida, ya como prepósito general de la Compañía de Jesús, se empleó en dar a conocer y comunicar la naturaleza de su misión privilegiando de este modo a eclesiásticos influyentes en la corte pontificia de Roma. Señalaremos ahora algunos de los puntos más significativos de cada una de estas tres etapas.

### **2.1. El deseo de mover a la conversión: los Ejercicios Espirituales a la gente sencilla, mujeres y estudiantes universitarios.**

En Barcelona, Manresa y Alcalá de Henares, Ignacio comenzó su ministerio fundamentalmente con la práctica de los Ejercicios leves, lo cual no significa “afirmar que no se diesen en España ejercicios completos”<sup>15</sup> por lo que suponemos que los primitivos compañeros ya los habían practicado, pues pronto vemos a Calixto ayudando en el ministerio y, como sabemos, para Ignacio era condición imprescindible el haberlos vivido primero para compartirlos después. Sin importar los peligros por las sospechas de la Inquisición que los podía acusar de “alumbrados”, “dejados” o “perfectos”, Ignacio y sus jóvenes compañeros comenzaron a trabajar entre la gente sencilla, mujeres y estudiantes. Su forma de mezclarse con ellos no era precisamente ortodoxa pues ni siquiera vestían como los estudiantes pobres de la universidad y el hecho que no fueran letrados, clérigos o eclesiásticos favoreció que llamaran más la atención de sus oyentes. No sabemos los métodos que seguían para convocar a los estudiantes pues parece que no estudiaban como alumnos regulares en la universidad y eso entorpecía un contacto cercano

<sup>15</sup> IPARRAGUIRRE, Ignacio. (1946). *Historia de la práctica...*, Opus cit. p. 2.



y natural con los jóvenes<sup>16</sup>. Simultáneamente a su acercamiento con los estudiantes, Iñigo comenzó a ser conocido y escuchado también por un número cada vez más creciente de mujeres y otras personas que querían hacer oración con el novedoso método que les proponía. Él mismo nos dice que “muchas personas hubo que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales; y otras tenían varias tentaciones: como era una que queriéndose disciplinar, no lo podía hacer, como que le tuviesen la mano, y otras cosas símiles que hacían rumores en el pueblo, máxime por el mucho concurso que se hacía adondequiera que él declaraba la doctrina...”<sup>17</sup>.

### 2.1.1. *Los hechos*

No podemos precisar detalladamente el tipo de auditorio que tenían Iñigo y los “ensayalados”; tampoco podemos demostrar la identidad de los jóvenes con quienes se reunía; es más, ni siquiera podemos comprobar documentalmente quiénes de ellos eran estudiantes. Iñigo sólo nos indica que “había gran rumor por toda aquella tierra de las cosas que se hacían en Alcalá, y quién decía de una manera y quién de otra. Y llegó la cosa hasta Toledo a los inquisidores...”<sup>18</sup>. No obstante, resultan muy valiosas para nuestro objetivo las fuentes documentales de los procesos seguidos contra él que nos permiten afirmar con certeza que entre sus seguidores asiduos se encontraban los estudiantes. No hay duda del celo apostólico del extraño estudiante ya que sus conversaciones espirituales daban mucho que decir y “había grande rumor” pues “muchas personas hubo que vinieron en harta noticia”. No actuaban con discreción, calladamente, sino que su labor era del todo conocida en Alcalá. Los inquisidores, por su parte, estaban enterados de su labor y de los detalles de ésta pues sabían que eran conocidos como “los ensayalados y creo que alumbrados” y, lo peor para Iñigo, “que habían de hacer carnicería en ellos”<sup>19</sup>. Los primeros pasos en la práctica de los Ejercicios fueron acompañados por la sospecha y la persecución. Pronto, Ignacio y sus compañeros se hicieron acreedores a la acción de la Inquisición que envió al doctor Miguel Carrasco, quien tenía fama de simpatizar con Erasmo de Rotterdam y el Licenciado Alonso Mejía, juez severo en extremo<sup>20</sup> para que examinara método tan novedoso y extraño. Sabemos que fue ante la fe del notario Francisco Ximenes, el 19 de noviembre de 1526, cuando testificaron Fray Hernando Rubio, fraile franciscano, Beatriz Ramírez y María, esposa de Julián Martínez y él mismo para dar fe de los rumores que se habían extendido por la ciudad en contra de los supuestos alumbrados<sup>21</sup>.

<sup>16</sup> “S. Ignatius de Loyola probabiliter studia privatim peregit. Eius nomen in alumnorum numero inventus non est, et quinam eius fuerint magistri ignoratur”. Acta P. Ignatii, 56 en FN, I, 439, nota 5.

<sup>17</sup> Autobiografía, 57.

<sup>18</sup> Autobiografía, 58.

<sup>19</sup> Autobiografía, 58 y Acta P. Ignatii 57-58, FN, I, 442.

<sup>20</sup> FITA, Fidel. El Inquisidor Alonso Mejía y San Ignacio de Loyola. Dos procesos característicos de la severidad de aquel juez, En: *Boletín de la Real Academia de la Historia* Tomo XXXIV (1899), 62-70.

<sup>21</sup> FITA, Fidel. Los tres procesos de San Ignacio de Loyola en Alcalá de Henares, *Boletín de la Real Academia de la Historia* Tomo XXXIII (1898), 422-461 y 512-536 y MI, *Processus Complutenses* (1526-

Del primer proceso seguido en Alcalá podemos deducir los métodos de Iñigo en sus primeros pasos como apóstol de conversaciones espirituales y maestro de Ejercicios. Fray Hernando Rubio es cuestionado sobre

unos mancebos que andan en esta villa vestidos con unos ábitos pardillos claros y fasta en pies, y algunos dellos descalços, los cuales dizen que hazen vida a manera de apóstoles... [a lo que él contestó que] a visto dellos unos quatro o cinco; y a las vezes parecían por la dicha villa, más o menos vestidos como dicho es; y uno o dos dellos a visto descalços; y que podrá aver dos meses, poco más o menos, que andando este testigo con un muchacho buscando un celemín de salvados que avía menester, llegó a casa d'Ysabel, la rrezadera, que bive a las espaldas de la yglesia de san Francisco; e se llegó y asomó a la puerta, e bio cómo estavan dentro, en un palacio que tenía un serico, asentado en una silla uno destos que dicho tiene que anda descalço, hombre de poca hedad, que podrá aver hasta veynte años...<sup>22</sup>

Por el testimonio del franciscano sólo se puede decir que en el sitio de reunión estaban unas tres mujeres, rezando de rodillas y escuchando a “aquél mancebo” que les enseñaba. Se dice solamente que son muchachos, que viven juntos en el hospital y que el mayor de ellos es a quien él encontró hablándoles a las mujeres devotas. Confiesa que de ellos sabe que han estudiado sólo principios de gramática y lógica - lo cual era verdad - y añade el dato a que ya hacíamos referencia antes en el sentido de que no eran alumnos regulares en la universidad pues todo indica que “particularmente les enseñan”<sup>23</sup>. Beatriz Ramírez fue también llamada a testificar sobre las actividades de aquellos mancebos y, en su momento, manifestó que conocía a Iñigo, de quien sabía era caballero, que vestía descalzo y con una hopa de pardillo<sup>24</sup> hasta los pies. El testimonio de esta mujer sólo nos confirma que los oyentes de Iñigo eran mujeres en su mayoría y, aunque menciona algunos hombres como Andrés Dávila, uno “que diz que hera viñadero y otras personas le parece” no podemos saber quiénes eran esos otros oyentes y mucho menos aventurarnos a afirmar que eran estudiantes<sup>25</sup>. Iñigo y “el otro su compañero” sólo conversan y “doctrinan” los dos mandamientos primeros, cosas tan nuevas para la testigo que “se afligió” por ello. Estos datos nos dan a conocer que el contenido de su predicación era muy sencillo pues hasta parece que las pláticas la habían defraudado. Beatriz Ramírez confirmó lo ya dicho antes: algunas personas se reúnen en el hospital de Antezana a escuchar a “Caçres y el otro Artiaga; y que los otros dos, que se dize Calisto el uno

1527) en: Col. y Ed. DE DALMASES, Cándido. (1977). *Fontes Documentales de S. Ignatio de Loyola. Documenta de S. Ignatii familia et patria, iuventute, primis sociis*, Vol. 115, Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu, pp. 319-349.

<sup>22</sup> *Fontes Documentales de S. Ignatio de Loyola...*, Opus cit. 322-323.

<sup>23</sup> *Fontes Documentales de S. Ignatio de Loyola...*, Idem., 324.

<sup>24</sup> hopa = especie de vestidura, al modo de túnica o sotana cerrada. Real Academia Española. *Diccionario de la Lengua Española*, Vigésima primera edición, 2 Vol. Madrid: Espasa Calpe, 1994, p. 1121. “pardillo” = “Dícese del paño el más tosco, grueso y basto que se hace, de color pardo, sin tinte, de que viste la gente humilde y pobre”. ALONSO, Martín. (1968). *Enciclopedia del Idioma. Diccionario Histórico y Moderno de la Lengua Española (siglos XII al XX)*, Vol. III, Madrid: Aguilar, p. 3148.

<sup>25</sup> *Fontes Documentales de S. Ignatio de Loyola...*, Ibídem., 325.

y el otro Juanico, posan en casa de Andrés de Avila; y el Yñigo bibe en el ospital”. No encontramos ningún dato nuevo, simplemente se confirma que los noveles apóstoles son jóvenes, “mancebos y muchachos”, que son pobres y que en algunas ocasiones se reúnen en la cámara de Yñigo<sup>26</sup>.

El testimonio de María, “muger de Julián, ospitalero del ospital de Antecana”, nos ayuda para conocer mejor a quienes daban el modo y orden en esta primera etapa así como a los destinatarios de las conversaciones de Iñigo en su paso por Alcalá de Henares. La buena mujer declaró que efectivamente conocía a las personas por quienes era interrogada; recordó claramente el nombre de *Yñigo*, de quien sabía vivía en el hospital; afirmó que el otro era *Calisto*, uno más *Caçeres* y el otro *Juanico*. No sabía el nombre de *Arteaga*, el quinto de los compañeros. Corroboró que era en el hospital donde se llevaban a cabo las reuniones, pero aseguró que desconocía el contenido de sus pláticas. Sabía con certeza que sólo Iñigo vivía en el hospital y que no hacía más de cuatro meses que se encontraban en la villa, pero dijo desconocer las causas por las que se vestían de manera tan peculiar, así como las razones por las cuales sólo Iñigo iba descalzo. Por una pregunta formulada a la mujer, sabemos que los inquisidores sabían que algunos jóvenes se reunían con Iñigo: “Preguntada si sabe que algunas mugeres, o onbres o *mochachos o mochachas, ayan ido al dicho ospital a oyr la doctrina del dicho Yñigo*”, la mujer contestó que, efectivamente, iban *estudiantes* así como “algunas mugeres e moças... y frayles a preguntar por el dicho Yñigo”<sup>27</sup>. Éste un dato creíble y fehaciente que confirma lo que hemos venido sosteniendo: que Iñigo comenzaba ya a trabajar con estudiantes y les animaba con su manera de vivir a buscar medios eficaces de conversión a un nuevo estilo de vida. Además, por el tono de las declaraciones de los procesos, sabemos que el trato con los estudiantes era intenso pues la mujer del hospitalero anota que su marido “reñía a los que venían a buscar a dicho Yñigo, diziéndoles que se fuesen e le dexasen estudiar; y questo hera porquel dicho Yñigo le dezía questorvase que no le buscasen e que no les abriese”<sup>28</sup>. Este dato nos permite afirmar que el número de personas que lo solicitaban era ya muy considerable y notorio a tal grado que Iñigo recuerda los motivos por los cuales se había desplazado a Alcalá y que seguramente estaba dejando a un lado ante la magnitud de los requerimientos apostólicos. Y todavía más: la misma María, cuestionada sobre si las mujeres y las otras personas iban de noche, afirma que “yvan

<sup>26</sup> *Ibíd.*, 325-326. Los mancebos no eran sino los jóvenes que se habían unido a Iñigo para vivir en santa vida. Ellos eran el portugués Calixto de Sá, el segoviano Lope de Cáceres, el vasco-sevillano Juan de Arteaga y Avendaño y el francés Juan Raynalde quien era más conocido como Juanico por su poca edad. SUQUÍA GOICOECHEA, Ángel. (1988). *Un maestro y un alumno de Alcalá...*, Opus cit. p. 15. Estos compañeros pronto dejaron a Iñigo y sus proyectos y eligieron caminos muy diversos. FN, I, 171. Calixto de Sá se fue a América, se hizo rico y volvió a vivir en Salamanca. Juan de Arteaga murió cuando bebió por error un vaso que contenía veneno cuando era obispo de Ciudad Real, en México. Lope de Cáceres no quiso acompañar a Iñigo a París y volvió a su tierra “donde comenzó a vivir de tal modo que parecía haber olvidado su primer propósito”. Juanico, el francés acabó haciéndose fraile de San Francisco. *Acta P. Ignatii*, FN, I, 472-473.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, 327-328.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, 328.

algunos estudiantes de noche a preguntar por el dicho Yñigo o por Calisto”<sup>29</sup>. Esto denota un interés marcado por parte de los jóvenes estudiantes ya que los colegiales no podían abandonar sus colegios por la noche. Suponemos, pues, que, o bien burlaban la vigilancia de las autoridades, exponiéndose con ello al castigo, o bien, se trataba de otros estudiantes que no eran colegiales mayores y que vivían en regímenes universitarios que les permitía mayor libertad de movimiento.

En el caso de las mujeres, la actitud y proceder de Iñigo fue totalmente diferente ya que siempre se mostró cauto y muy cuidadoso en este aspecto. Nunca se prestó a ambigüedades o situaciones que pudieran ser malinterpretadas, confundir a sus oyentes o crear situaciones que pudieran prestarse o bien a equívocos o bien a regaños e intervención de las autoridades. María no dejó lugar a dudas cuando tranquilizaba a los preocupados e inquietos inquisidores que deseaban saber si Iñigo las recibía por las noches. Ella afirmó con decisión que “avía obra de tres o quatro días que en amaneciendo vinieron unas dos mugeres atapadas a preguntar por el dicho Yñigo y este testigo se le negó y ellas se le quexaron, diciendo que se le negavan; e que no las dexó entrar, ni las conoció”<sup>30</sup>. El último testigo de las comparencias de aquel 19 de noviembre de 1526 fue el hospitalero Julián Martínez. Su declaración confirmó algunos detalles sobre la identidad, forma de proceder y métodos seguidos por Ignacio y sus compañeros en el inicio de su labor. Julián ratificó las declaraciones de los testigos anteriores por lo que se refiere al vestuario y calzado de los compañeros y no negó que conocía a Iñigo y sus cuatro compañeros. Por su testimonio sabemos que el sitio de reunión era, o bien la habitación de Iñigo, o bien, el patio del hospital. Desafortunadamente, no aportó nuevos datos sobre el tipo y contenido de esas reuniones y, no obstante, observamos como dato muy interesante que sus respuestas nos sugieren que había una fuerte preocupación en la Inquisición por un incipiente apostolado entre la juventud.

Ante la preocupación de los inquisidores sobre el comportamiento nocturno de aquellos estudiantes, el hospitalero sostiene que Iñigo vivía solo y que únicamente cuando Calixto no tenía dónde vivir, se hospedó en el mismo hospital. Se declaró ignorante de las razones por las cuales vestían tales atuendos e informó que no sabía si Iñigo había hecho algún tipo de proselitismo entre los compañeros a no ser cuando curó a Juanico que llegó herido y posteriormente se quedó entre ellos para vestir su mismo hábito<sup>31</sup>. ¿Podríamos suponer que Iñigo desarrollaba ya para entonces una labor más organizada y sistemática con los jóvenes estudiantes y no sólo de una manera esporádica o eventual? Yo diría que sí pues el interrogatorio de los inquisidores supone que es conocida alguna actividad más formal. Iñigo trabajaba, pues, con estudiantes y jóvenes de una manera abierta. El hospitalero de Antezana así lo asegura al decir que “a visto yr a muchas mugeres casadas y moças y *estudiantes* y onbres casados a hablar con el dicho Yñigo; y le entran a hablar a una camarita que tiene; e que no sabe lo que allí les habla”<sup>32</sup>. Y añade

<sup>29</sup> *Ibíd.*, 328.

<sup>30</sup> *Ibíd.*, 328.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, 329.

<sup>32</sup> *Ibíd.*, 330.

un dato muy importante para nuestros fines: *las mujeres son jóvenes “de edad de diez y siete años”* y que van muchas cada día hasta poder contar diez o doce juntas, entre las que se cuenta una tal Beatriz Dávila, quien “antes que se casase fue muger del mundo”. Las conversaciones espirituales que daban Iñigo y sus compañeros eran sumamente sencillas y para tranquilidad de los jueces de la Inquisición se confirmó que no contenían nada en contra de la fe y la doctrina<sup>33</sup>.

Un testimonio muy valioso obtenido durante los procesos de la autoridad eclesiástica fue el de Mencía de Benavente<sup>34</sup>, mujer que fue de Juan de Benavente y, una vez que fue convocada por el Vicario general, declaró que, efectivamente, conocía a Iñigo y que éste le hablaba a ella y a un nutrido grupo de mujeres - viudas, criadas, *jóvenes* y mayores, algunas de ellas por lo visto desesperadas al punto que una de ellas se quería ahorcar -, sobre los mandamientos y los pecados mortales así como de los cinco sentidos y las potencias del ánima, siempre haciendo alusión a los Evangelios o a san Pablo. Recomendaba también que hicieran todos los días un examen de conciencia, por dos veces, que se confesaran cada ocho días y que recibieran el sacramento en el mismo tiempo<sup>35</sup>. Ana de Benavente,  *jovencita de dieciséis años*, hija de la anterior testigo declaró que Iñigo le había enseñado los artículos de la fe, los pecados mortales, los cinco sentidos y las tres potencias del ánima y “otras cosas buenas de servicio de Dios, e les dise cosas de los evangelios, unas veces estando juntas otras mugeres, e otras estando ésta sola”<sup>36</sup>. Leonor, hija de Ana de Mena, mujer de Andrés López, *otra joven que a la sazón tenía dieciséis años*, y que también era discípula del ensayalado, compareció ante el Vicario para responder a su interrogatorio y coincidió con su joven compañera al afirmar que Iñigo le había enseñado “los mandamientos de la Yglesia e los cinco sentidos e otras cosas de servicio de Dios... con otras mugeres, que les hablava todas juntas”<sup>37</sup>. Estos testimonios nos remite a los orígenes de la Anotación 18<sup>a</sup> de los Ejercicios Espirituales<sup>38</sup>, que muy

<sup>33</sup> El 21 de noviembre, Juan Rodríguez de Figueroa “les llamó y les dijo cómo se había hecho pesquisa y proceso de su vida por los inquisidores, y que no se hallaba ningún error en su doctrina ni en su vida, y que por tanto podían hacer lo mismo que hacían sin ningún impedimento. Mas, no siendo ellos religiosos, no parecía bien andar todos de un hábito; que sería bien, y se lo mandaba, que los dos, mostrando el pelegrino y Artiaga, tiñesen sus ropas de negro, y los otros dos, Calisto y Cáceres, las tiñesen de leonado; y Juanico, que era mancebo francés, podría quedar así”. Autobiografía, 58; FN I, 444.

<sup>34</sup> “De ahí a cuatro meses, el mismo Figueroa tornó a hacer pesquisas sobre ellos y, ultra de las solitas causas, creo que fuese también alguna ocasión, que una mujer casada y de cualidad tenía especial devoción al peregrino; y, por no ser vista, venía cubierta, como suelen en Alcalá de Henares, entre dos luces, a la mañana, al hospital; y entrando se descubría, y iba a la cámara del peregrino...”. Autobiografía, 59.; FN I, 444-446.

<sup>35</sup> *Fontes Documentales de S. Ignatio de Loyola.*, 332.

<sup>36</sup> *Idem.*, 332.

<sup>37</sup> *Ibidem.*, 333.

<sup>38</sup> Baste con releer lo que dice la mencionada Anotación 18<sup>a</sup> y compararla con las declaraciones de los testigos en los procesos e investigaciones sobre Iñigo y sus compañeros: “... al que se quiere ayudar para se instruir y para llegar hasta cierto grado de contentar a su ánima, se puede dar el examen particular... y después el examen general, juntamente por media hora a la mañana el modo de orar sobre los mandamientos, pecados mortales, etc., comendándole también la confesión de sus pecados de ocho en ocho

probablemente, como lo indican los datos anteriores, debió estar inspirada por las experiencias ignacianas con gente sencilla y jóvenes estudiantes y que redactó en su período de madurez durante su estancia en París<sup>39</sup>.

El apostolado de Iñigo, sus conversaciones y ejercicios espirituales, su trato y cercanía con mujeres y jóvenes estudiantes inquietaba a las autoridades eclesiásticas que, a pesar de que no habían encontrado fallo alguno en su doctrina, permanecían molestas por el hecho de que una persona sin preparación tuviera tal impacto en el pueblo. A Iñigo no le preocupaban las reticencias de la jerarquía y seguía en sus conversaciones espirituales en los mismos ambientes que tan bien lo habían acogido. Su trabajo empezó a despertar envidias entre los profesores universitarios, clérigos e inquisidores, quienes, celosos de sus privilegios y su elevada posición, comenzaron a sospechar de él como perturbador de la conciencia de los jóvenes, como persona contaminante de su juventud e inocencia y así lo comunicaron a las autoridades. Iñigo comenzaba a experimentar en sí mismo que quien trabaja asiduamente por el Reino tendrá problemas y, a la vez que lo sufre, lo va integrando en su historia personal que va a ir compartiendo con otros el resto de su vida, como base de su testimonio y la fuerza que contagiaba y daba sentido de ese bien en el que creía profundamente. El ministerio inicial de los Ejercicios se vio intensamente marcado por la sospecha, el hostigamiento y la persecución y, no obstante, lejos de amedrentar o disminuir el celo de quien tan profundamente creía en esa experiencia espiritual, iba a servir para fortalecerlo, para integrar lo vivido, para reformular muchos aspectos que habían sido escritos bajo la inspiración divina y su propia vida analizada bajo la óptica de Dios, pero que ahora comenzaban a ser matizados por el contacto con la vida misma, delineada con las limitaciones y contradicciones humanas y la presencia de la cruz del Señor en una de sus manifestaciones concretas que fue el que haya sido puesto en prisión<sup>40</sup>.

Durante diecisiete días estuvo sin saber la causa de su retención y, finalmente, Juan Rodríguez de Figueroa, Vicario general, le hizo saber por qué: “la sospecha de que hacía guardar el sábado y si conocía dos ciertas mujeres, que eran madre e hija; y desto dijo que sí. Y si había sabido de su partida antes que se partiesen; y dijo que no, por el juramento que había recibido”<sup>41</sup>. Pasado un tiempo pudo saber la verdadera razón por la que había sido encarcelado: dos mujeres nobles habían desaparecido “eran una madre y una hija, entrambas viudas, y la hija muy moza y muy vistosa, las cuales había entrado mucho en

días, y si puede tomar el sacramento, de quince en quince, y si afecta mejor, de ocho en ocho. Esta manera es más propia para personas más rudas o sin letras, declarándoles cada mandamiento, y así de los pecados mortales, preceptos de la Iglesia, cinc sentidos y obras de misericordia...”. EE, 18.

<sup>39</sup> Cf. TACCHI VENTURI, Pietro. (1922). *Storia della Compagnia di Gesù in Italia*, Narrata col sussidio di Fonti Inedite. Volume Secondo. Dalla nascita del fondatore alla solenne approvazione dell'ordine. (1491-1540) Roma: Civiltà Cattolica, pp. 54-57.

<sup>40</sup> Estuvo preso cuarenta y dos días y, según los datos que él proporciona, debió ser liberado el 1º de junio por lo que se supone que debió ser hecho prisionero el 18 ó el 19 de abril, jueves o viernes santo de aquél año de 1527. Fontes Narrativi afirma que los cuatro meses a los que se refiere al inicio del párrafo de la Autobiografía son contados a partir desde el momento en que el Vicario Figueroa le ordena no ir descalzo. Cf. FN I, 446, nota 23 y Autobiografía, 60.

<sup>41</sup> Autobiografía, 61.

espíritu, máxime la hija; y en tanto que, siendo nobles, eran idas a la Verónica de Jaén a pie, y no sé si mendicando y solas; y esto hizo grande rumor en Alcalá, y el doctor Ciruelo<sup>42</sup>, que tenía alguna protección dellas, pensó que el preso las había inducido, y por esto le hizo prender<sup>43</sup>. Las desaparecidas eran María del Vado, su hija Luisa Vázquez y su criada Catalina, protegidas del connotado profesor universitario quien se sintió ofendido por aquel pobre e ignorante estudiante, sin letras ni nombre y exigía que aquél atrevido fuese encarcelado y acusado de seducir a las mujeres<sup>44</sup>. Iñigo siguió trabajando mientras permaneció en prisión y nos dice que “venían muchos a visitalle”. No sólo se acercaban mujeres, Iñigo “atendía a predicar los mandamientos a los presos a hora determinada, y hablábanle *algunos doctores y personas virtuosas de la universidad*, pasando entre ellos algunas preguntas y respuestas, de que no poco se edificaban”<sup>45</sup> y “razonando de las cosas de Dios, y edificando con el exemplo y exercicio en barrer la cárcel y otras cosas semejantes...”<sup>46</sup>. Muy desafortunadamente no podemos identificar fehacientemente el tipo de gentes y quiénes eran los visitantes del estudiante vasco en la cárcel<sup>47</sup>.

Una información importante sobre el tipo de Ejercicios que dio Ignacio en Alcalá de Henares, nos la proporciona el caso de María de la Flor pues nos permite conocer que iban más allá de los “Ejercicios leves” pues quienes los practicaban debían asistir a lo menos un mes para oír las indicaciones del instructor. El testimonio de esta mujer, dado el 2 de mayo de 1527, menciona el “mes arreo” que le sugería el estudiante vasco a quien le pedía “le mostrase el servicio de Dios”. Se habla ya de un mes de Ejercicios y es

<sup>42</sup> “Pedro Sánchez Ciruelo nacido en Daroca (Zaragoza) entre 1465 y 1468, y murió en Salamanca, octogenario ya, en 1548. Nació, pues, más de veinte años antes que San Ignacio y murió ocho antes que éste. En Daroca estudió el Trivium hasta los quince años, y luego pasó a Salamanca, donde empleó diez años en estudiar Artes: Filosofía, Astronomía y Matemáticas. Fueron las Matemáticas su ciencia predilecta en esta época. Por eso, mientras durante otros diez años estudió Teología en París, enseñó Matemáticas en aquella celeberrima Universidad, y en su docencia mereció el título de *Professor nominatissimus*”. Nada menos que con este célebre profesor tuvo que vérselas el pobre e inexperto Iñigo de Loyola. Fuerte experiencia que seguramente mucho le enseñó de cómo enfrentarse a personas tan connotadas, con mucha ciencia, sí, pero con poca caridad. Cf. SUQUÍA GOICOECHEA, Ángel. (1988). *Un maestro y un alumno de Alcalá...*, Opus cit. Pp. 18-19

<sup>43</sup> Autobiografía, 61

<sup>44</sup> SUQUÍA GOICOECHEA, Ángel. (1988). *Un maestro y un alumno de Alcalá...*, opus cit. pp. 18-19.

<sup>45</sup> Ioanne Polanco, *Summarium Hispanum 1547-1548...* FN I, 174.

<sup>46</sup> P. Laínez, *Epístola P. Lainii*, 24, FN I, 94.

<sup>47</sup> García-Villoslada sostiene que “acaso el más ilustre se llamaba Jorge Naveros, natural de Tordesillas, filósofo y teólogo, que regentó en diversas ocasiones la cátedra en substitución de Miguel Carrasco, y a la muerte del agustino Dionisio Vázquez obtuvo en 1539 la cátedra de Biblia” Y citando a Daniel Bártoli: “Entre otros que venían a escucharle, uno fue Jorge Naveros, a la sazón primer lector de Sagrada Escritura en Alcalá, hombre estimadísimo por su gran juicio y piedad cristiana. Este, oyéndole hablar, quedó tan cautivado y embelesado, que se le pasó la hora de la clase sin darse cuenta; por lo cual corriendo presuroso a la Universidad y encontrando a los escolares que le aguardaban en el patio, con el rostro de hombre casi fuera de sí por el estupor prorrumpió en esta exclamación: *Vidi Paulum in vinculis*”. Citando a Daniel Bártoli. (1659). *Della vita e dell' Instituto di S. Ignatio* Roma, p. 83. En: GARCÍA-VILLOSLADA, Ricardo. (1986). *San Ignacio de Loyola, Nueva Biografía*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, Serie Maior 28. pp. 287-288.

mencionado por el preso quien le explica detalladamente lo que debe hacer durante ese tiempo, con las palabras que se transcriben a continuación, como sigue:

le dijo que la había de hablar un mes arreo; e que en este mes había de confesar de ocho en ocho días e comulgar; e que la primera vez había de destar muy alegre, e non sabría de donde le venía, e la otra semana estaría muy triste; más que él esperaba en Dios que ha de sentir en ello mucho provecho. E la dixo que le había de declarar las tres potencias... e el mérito que se gana en la tentación; e del pecado venial cómo se hacía mortal; e los diez mandamientos, e circunstancias, e pecados mortales, e los cinco sentidos, e circunstancias de todo esto. E decía que cuando alguna mujer venía a hablar a alguna doncella de mala parte, e que si la tal doncella non daba oído a ello, non pecaba mortal ni venial; e que si otra vez venía e le daba oído e la oía, que pecaba venialmente; e que si otra vez la hablaba e hacía lo que le decían, pecaba mortalmente. E le decía cómo había de amar a Dios. E le dixo, que, entrando en el servicio de Dios, le habían de venir tentaciones del enemigo; e le mostraba el examen de la conciencia, e que le ficiesen dos veces al día, una después de comer, e otra después de cenar, e que se asentase de rodillas e dixese: *Dios mío, padre mío, criador mío. Gracias ya alabanzas te hago por tantas mercedes como me has hecho e espero que me has de hacer. Suplícote por los méritos de tu Pasión me des gracia, que sepa examinar bien mi conciencia...* E que cuando dixese el Ave María, que diese un suspiro e contemplase en aquella palabra “Ave María”: e luego “gracia plena”, e contemplar en ella. E ésta que declara [María de la Flor] vio a María, questaba con la de Benavente amortecida en el suelo, e decía que había visto al diablo..., una cosa negra muy grande... E ésta era antes una mala mujer, que andaba con muchos estudiantes en el estudio, que era perdida<sup>48</sup>.

La declaración de María de la Flor contenida en el párrafo anterior resulta de sumo interés pues gracias a ella podemos conocer cómo proponía Íñigo los Ejercicios en aquel entonces. Reconocemos, asimismo, muchos elementos de los Ejercicios como los conocemos actualmente. Por ejemplo, cuando distingue el pecado mortal de venial en EE. [33-36], o en la 13<sup>a</sup> regla para conocer las mociones de espíritus y que previene contra el enemigo que se hace “como vano enamorado... que hablando de mala parte, requiere a una hija de buen padre o a una muger de buen marido...”, en EE [326]. Las formas de resistir a las tentaciones que tratará en EE. [33-36,236]. Asimismo, hace referencia al modo de orar “por compás” al que alude en EE. [250-260]; al examen de conciencia en EE [24-43] y los modos de orar sobre los mandamientos, potencias del alma y sentidos corporales en EE. [238-248]. El trabajo inicial de Ejercicios se realizaba, pues, entre doctores, estudiantes y gente virtuosa de la universidad, mujeres nobles, criados, trabajadores humildes, beatas, piadosas mujeres del pueblo y prostitutas. Todos ellos formaban el amplio auditorio a quien estaba destinado el “servicio de Dios” en estrecho diálogo con Ignacio quien les orientaba y prestaba todo tipo de ayuda en su camino hacia la conversión. Consolaba, aconsejaba, daba instrucciones sobre los modos de conocer las tentaciones y las acciones de los espíritus, acompañaba en la alegría y en la tristeza, y se hacía cercano y compañero de quien deseaba conocer la voluntad de Dios.

<sup>48</sup> MHSI. MI. (1904). Series quarta. *Scripta de Sancto Ignatio de Loyola*, Tomus primus, Vol. 25, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, 611-613; *Fontes documentales de S. Ignatio*, 334-336.



### 2.1.2. Comentario

Los Ejercicios de esta primera etapa pretendían formar la conciencia de la gente que acudía confiada a escuchar su instrucción. Teniendo como telón de fondo su propia experiencia de conversión, animaba a sus seguidores a rechazar el pecado y a luchar por permanecer en un estado de amistad con Dios mediante la práctica asidua del examen de conciencia. El método seguido es un ejemplo del modo como Ignacio se adaptó siempre a sus oyentes, a su capacidad, a su disposición y deseo de encontrarse con el Señor; es una expresión del deseo de Ignacio para que la gente que lo escuchaba se orientara sólo y únicamente a Dios y sus criterios, buscando descubrir todo aquello que los apartara de Él. La labor de Ignacio y sus primeros amigos, sus fracasos y persecuciones no fueron en vano y, aunque las gentes que practicaron aquellas primeras manifestaciones del servicio de Dios no sufrieron grandes transformaciones, ni tomaron decisiones trascendentales que los llevaran a un cambio radical en sus opciones y proyectos de vida, como los subsiguientes ejercitantes, sí dejaron una valiosa y profunda huella en esas mujeres y en tantos estudiantes que vieron cómo despertaba en ellos el deseo de acercarse más a Dios y de vivir según sus consejos. El método inicial estuvo dirigido básicamente a grupos sociales, a mujeres, a la familia, a grupos de estudiantes y jóvenes y estuvo influenciado decididamente por el deseo que se había despertado en Ignacio por comunicarles su propia transformación y el cambio radical que se operó en su escala de valores. Era su propia vida la que se compartía, sus experiencias iniciales las que servían de marco para ir modelando una cierta norma de conducta, para irse guiando en la manera de dar sus Ejercicios. Le interesaba particularmente que aquellos colectivos vivieran con mayor paz; favorecía una interiorización como la que él vivió en su lecho de convaleciente en Loyola; los animaba a que se conocieran más a sí mismos e intentaran discernir el verdadero valor de las cosas, lo que es absoluto y lo que no puede ser negociable jamás. Y, en base a todo esto, se dio cuenta de que el tipo de auditorio determinaría de ahí en adelante la clase de Ejercicios, las conversaciones espirituales y los modos diversos del servicio de Dios que habría de usar y que comenzó por poner en práctica en Barcelona, Manresa y Alcalá. Parece que sí hubo algunas experiencias de Ejercicios completos en esta primera etapa, pero, desgraciadamente, no tenemos evidencia que permitan conocer la forma como se practicaron y el tipo de ejercitantes que lo hizo<sup>49</sup>.

### 2.2. *El deseo de encontrar sujetos capaces para la Compañía de Jesús: los Ejercicios Espirituales para jóvenes universitarios y letrados.*

La segunda etapa de la práctica de los Ejercicios acompañados por Ignacio de Loyola estuvo enfocada a otro tipo de personas y con fines muy diferentes a los que había perseguido en Barcelona, Manresa y Alcalá de Henares. Los jóvenes que inicialmente habían compartido sus sueños e ideales, habían tomado otros caminos y él mismo, des-

<sup>49</sup> Cf. IPARRAGUIRRE. (1946). Ignacio *Práctica de los Ejercicios...*, Opus cit., p. 5.

pués de los tropiezos con las autoridades eclesiásticas en Alcalá y Salamanca, había decidido dar un giro completo a sus planes y se trasladó a la Universidad de París para estudiar teología y dar cumplimiento a las exigencias impuestas por las autoridades eclesiásticas como requisito para poder trabajar en el servicio de Dios. Iñigo, finalmente, se dedicó responsablemente a estudiar, pero no dejó de dar los Ejercicios a universitarios.

### 2.2.1. *Los hechos*

En marzo de 1528 y fines de septiembre de 1529 se le presentaron nuevos problemas por la denuncia que le hicieron al Maestro Ori, fraile dominico de la Inquisición, con motivo del incipiente trabajo que realizaba entre la población estudiantil. La causa de la nueva contradicción surgía por su trabajo: conversaba con los jóvenes y les daba los Ejercicios Espirituales, ocasionando en ellos «grandes mutaciones». En efecto, desde sus primeros años buscó precisamente a jóvenes y a universitarios, y con ellos trabajó como personas señaladas de las que se esperaba mucho fruto. Sabemos que los primeros universitarios a quienes dio los Ejercicios eran sus compatriotas: “el Magister Juan de Castro, hombre ya de 44 años, de noble familia en Burgos, miembro de la Sorbona y estudiante de teología; Pedro de Peralta, Bachiller del obispado de Toledo, próximo a dar su examen de Magister y el guipuzcoano Amador de Elduayen, del Colegio de Santa Bárbara (matriculados los dos últimos a fines de 1526)”<sup>50</sup>. Los Ejercicios que Iñigo les dio los animaba a vivir en pobreza y a actuar en su vida con generosidad, a manifestar con obras el deseo de conversión que los había llevado a practicar el retiro ignaciano. El fruto nos lo narra el propio Ignacio diciendo que “dieron todo lo que tenían a pobres, aun los libros, y empezaron a pedir limosna por París, y fuéronse a posar en el hospital de Sant Jaques”<sup>51</sup>.

El trabajo inicial de la segunda etapa con los universitarios tampoco estuvo exento de problemas y fue causa de conflicto. Iñigo se enfrentó nuevamente con la autoridad, con los profesores y los mismos compañeros de los ejercitantes quienes pensaban que el vasco los había vuelto locos e hicieron todo lo posible por hacerlos volver al carril de la cordura, de lo establecido, de lo institucional<sup>52</sup>. Los tres universitarios “se determinaron

<sup>50</sup> Pedro de Peralta, fue más tarde un insigne predicador. Cf. MHSI. MI. (1918). Series Cuarta, *Scripta de Sancto Ignatio de Loyola*, Tomus secundus, Vol. 56, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, 166. Sobre Amador de Elduayen, Cf. FN, II, 252, 309, 383, 560, 562. El bachiller Castro a su regreso a España, predicó en Burgos y se hizo cartujo en Valencia. La labor del estudiante vasco tuvo frutos abundantes a pesar de los problemas que suscitó. Véase también SCHURHAMMER, Georg. *Francisco Javier. Su Vida y su Tiempo*. (1991). Tomo I. Europa, 1506-1541. Gobierno de Navarra, Compañía de Jesús, Arzobispado de Pamplona, Freiburg im Breisgau: Herder & GmbH, 1955, Bilbao: Ediciones Mensajero, pp. 177-178. Véase también MHSI. (1916). *Polanci Complementa. Epistolae et Commentaria P. Joannis Alphonso de Polanco*, Tomus primus, Vol. 52, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, p.47.

<sup>51</sup> Autobiografía, 77; FN, I, 468.

<sup>52</sup> “Los dos primeros eran personas muy conocidas, y su conducta provocó una tempestad de indignación. Amigos y compatriotas corrieron al hospital e intentaron sacarlos con buenas razones. Pero como nada consiguieran, se reunieron todos, se fueron en gran número con armas a la ciudad, los sacaron a viva fuerza, los reintegraron al Barrio Latino y, una vez allá, les arrancaron la promesa de que, al menos hasta acabar los estudios habían de quedarse allí”. SCHURHAMMER, Georg. *Opus cit.* p. 178.

de dejar el mundo y seuir el instituto de Iñigo”, pero, quizá por las presiones recibidas, o tal vez porque no era su momento, el caso es que los tres supuestos nuevos compañeros de este “2º parto, como el primero, se conservó poco, retirándose después todos tres de la vía comenzada, bien que viviendo virtuosamente”<sup>53</sup>. Nuevamente estaba solo y era menester comenzar de nuevo. Una nueva experiencia se añadía a la historia ignaziana; nuevos descubrimientos y conocimiento de los jóvenes y universitarios permitirían al estudiante vasco integrar tropiezos y fracasos, esperanzas y proyectos. Después de reflexionar en estos altercados y en lo que le habían aportado, Iñigo asumió que debía dejar de ayudar y conversar espiritualmente con los prójimos, “deliberó de atender al estudio, oyendo lecciones y disputando, etc., y conversar menos en ejercicios etc., vivía en paz con todos, aun los que tenían espíritu del mundo”<sup>54</sup>. Vivía en paz, sí, pero no estaba conforme, sabía que todavía había mucho por hacer. A pesar de sus buenos propósitos, Iñigo seguía pensando en la conveniencia de llamar a los jóvenes universitarios a su proyectado y hasta entonces abortado estilo de vida por lo que “se dispuso a conversar con algunas personas de autoridad para ayudarse dellas con los estudiantes, al diseño que tenía de ganar algunos compañeros para el divino servicio”<sup>55</sup>.

Tales personas eran significativas en la vida universitaria y, sin llegar todavía a las características de su etapa romana en la que dio Ejercicios a personas influyentes, también a ellas ayudó con su peculiar método con el propósito de que, a su vez, colaboraran con él en la búsqueda de jóvenes que quisieran servir a Dios. Aunque desconocemos sus nombres, sabemos que dio Ejercicios a algunas personas de calidad y doctores<sup>56</sup>. De otros ejercitantes de quienes tenemos más noticias sabemos que eran el Doctor Marcial, probablemente de Gouvea, conocido profesor de Humanidades; el Doctor Valle y Alvaro de Moscoso, español, nacido en Cáceres en 1480, Procurador de la Nación Galicana, Rector de la Universidad durante el trimestre del 23 de junio al 10 de octubre de 1527, futuro teólogo del Concilio de Trento y obispo de Pamplona<sup>57</sup>. Por la falta de noticias, suponemos que de su trato y amistad con personas importantes y famosos doctores no obtuvo mucho éxito. Después de estas experiencias, no sabemos que haya dado más Ejercicios en París. Las fuentes documentales sólo nos dicen que,

asímismo del estudio atendía a otras muchas buenas obras que sin dispendio dél podían hacerse, como es favorecer a muchos pobres estudiantes, no solamente de lo que él tenía, pero de otros amigos, poniendo a unos con amos que les diesen comodidad de estudiar, haciendo dar porciones a otros, buscando para otros estudiantes, aconsejando a otros y en

<sup>53</sup> I. de Polanco, *Summarium Hispanum*, FN I, p. 179.

<sup>54</sup> Ídem., p. 181.

<sup>55</sup> Íbidem., p. 181.

<sup>56</sup> MHSI. (1903). I. de Polanco, *Polanci Complementa I*, p. 508 y *Epistolae PP. Paschasii Broëti, Claudii Jaji, Joannis Codurii et Simonis Rodericii*, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, p. 460.

<sup>57</sup> Íbid., p. 181. Véase también: GARCÍA-VILLOSLADA, Ricardo. (1938). *La Universidad de París durante los estudios de Francisco de Vitoria, O. P. (1507-1522)*,. Analecta Gregoriana Cura, Romae: Pontificiae Universitatis Gregoriana Edit Vol. XIV. Serie Facultatis Hist. Ecclesiasticae. Sectio B (N. 2). Apud Aedes Universitatis Gregoriana, p. 397.

diversos modos ayudándolos. Y con estos mismos medios, ultra del divino servicio presente, ganaba el amor de muchos, teniendo ojo al fin suyo de traer algunas personas que más ingeniosas y hábiles para su propósito le parecían<sup>58</sup>.

### 2.2.2. Comentario

El párrafo anterior nos indica que Ignacio siguió cercano especialmente de los jóvenes estudiantes universitarios en quienes había puesto su confianza para el trabajo de proselitismo que iniciaría después. Su opción no fue hecha al azar, tampoco movido por resentimientos o despecho, como si se tratara de un “premio de consolación” ante la negativa o problemas concretos que hubiesen podido oponer los adultos. Fue perfectamente consciente de lo que hacía, de sus opciones por lo que se condujo coherentemente en sus conversaciones y diálogos fraternos y cariñosos con los estudiantes con quienes convivía, ya fuese en el Colegio de Santa Bárbara o en la universidad misma. Su labor, en principio, se redujo a la cercanía, a inspirar la confianza que necesitaban los universitarios y a darse a conocer por sus palabras que estaban siempre avaladas por sus acciones. Podríamos decir que se trataba de una labor de fermento, de testimonio silencioso y humilde ante aquellos jóvenes que se estaban preparando para ser personas principales en todos los niveles.

Esta vez, Ignacio estaba decidido a que los candidatos repitieran una experiencia semejante a la que él había vivido en la cueva de Manresa por lo que optó por invitar a unos Ejercicios “exactamente y apartados”, a un retiro en donde los actores principales serían sólo Dios y su criatura, nadie más, a una aventura en la que se sucedería un encuentro inmerso en amor, exigencia y compromiso, bañado de gracias y dones “de arriba”, bajo la mirada paciente, cariñosa, cercana, amistosa de un compañero de camino. Si en Alcalá de Henares se había dado a la tarea de dar muchos Ejercicios leves, en París se dedicaría a acompañar con el método más riguroso los Ejercicios completos durante un mes aproximadamente. Todo se cuidaría, sería escrupulosamente revisado, ordenado, guiado, orado, examinado, evaluado y repetido. Sus intuiciones, sus luces, sus sombras y dudas, todo, había de ser compartido meticulosamente, con el mismo “modo y orden” que él había hecho suyo. El momento decisivo había llegado, era menester preparar a quienes lo habían de acompañar en su aventura. Lo que con el tiempo llegaría a ser la Compañía de Jesús, estaba en ciernes y era imprescindible e impostergable que sus compañeros tuvieran una inmersión en el mismo método de oración que lo había llevado a sí mismo a diferentes etapas de conversión y vuelta a los hermanos y al mundo. Los primeros ejercitantes, los sujetos modélicos de esta segunda etapa fueron, indiscutiblemente, sus amigos, los primeros y definitivos compañeros; aquellos que, hasta su muerte compartirían lo más bello y profundo de su amistad, sus proyectos, sus sufrimientos, sus éxitos, en definitiva, su amor a Dios.

<sup>58</sup> I. de Polanco, *Summarium Hispanum*, *Ibíd.*, pp. 181-182.

La opción de Ignacio por los jóvenes en un momento clave de su historia es irrefutable tan solo con observar las edades de los primeros ejercitantes, piedra angular de la Compañía de Jesús: ¡Pedro Fabro, 28 años, Francisco Javier, 28 años, Diego Laínez, 22 años, Simão Rodrigues, 24 años, Nicolás Alonso de Bobadilla, 25 años y Alfonso Salmerón, 19 años! Jóvenes todo ellos cuando el promedio de edad en la Universidad de Alcalá de Henares era de 21 años en la Facultad de Artes; de 24 en la de Derecho Canónico; 23 en la Facultad de Medicina y de 25 años en la Facultad de Teología y la edad media de ingreso a la Facultad en esa época era de 18 años. Jóvenes si comparamos su edad con la media de edad de los Colegiales mayores de Santa Cruz, en Valladolid que para esa década era de 29,9 años. Su preferencia por los universitarios es igualmente clara al recordar sus estudios y cualificada preparación en el momento en que fueron llamados. La elección hecha por Ignacio no quedó defraudada al ver la inmediata respuesta después de que hicieron los Ejercicios, su generosa e incondicional entrega a la obra de Dios, su confianza ilimitada en seguir a su amigo y maestro espiritual en un camino todavía no explorado<sup>59</sup>.

La preparación a la que cada uno de los compañeros se sometió fue distinta en cada caso, como distintos eran su personalidad y deseos, en última instancia, sus motivaciones. A cada uno dio Ignacio los Ejercicios en particular, ninguno habló con los demás de sus proyectos, anhelos e inquietudes, de sus dudas, confusión y problemas<sup>60</sup>. Todo era adaptado para cada persona, siguiendo su propio ritmo, respetando su carácter, su individualidad, sus cualidades y defectos. La labor de Ignacio se reducía a ser un acompañante cercano de la experiencia del otro, a su paso, sin prisas, sin angustias y horarios, sin plazos. Si para el Señor no los hay, Ignacio no iba a imponerlos. Todo se movía en un ambiente de profundo respeto, de exquisito diálogo, de prudencia infinita, de paciente espera, de ilusionada búsqueda común del camino que el Señor tenía reservado para cada uno de ellos.

### ***2.3. El deseo de formar directores: los Ejercicios Espirituales a eclesiásticos y personas influyentes en la Iglesia y en la sociedad.***

Esta tercera etapa se caracteriza por el giro que se da en el tipo de ejercitantes atendidos por Ignacio de Loyola. Ya no es un núcleo pequeño y cercano, como en París, tampoco serán mujeres y estudiantes como en las dos etapas mencionadas anteriormente, sino que ahora serán personajes importantes en la vida social y eclesiástica de Venecia, del otoño de 1537 hasta fines de 1539, y después especialmente en Roma. Uno de sus objetivos al elegir a estas personas era el dar a conocer sus planes, la naturaleza de su misión y el

<sup>59</sup> Cf. KAGAN, Richard L. (1981). *Universidad y Sociedad en la España Moderna*, Madrid: Editorial Tecnos, pp. 75, 168, 220-221 y SANZ DE DIEGO, Rafael Ma. (1991). *San Ignacio de Loyola en Alcalá de Henares (1526-1527)*. Madrid: Institución de Estudios Complutenses (C.S.I.C.). Provincia de Toledo de la Compañía de Jesús, pp. 79, 105-106.

<sup>60</sup> MHSI, *De origine et progressu Societatis Iesu*, en *Epistolae Simonis Roderici*, 455-456.

alcance de sus proyectos. Por todos los problemas que se habían suscitado en torno a su persona y su trabajo, a su historia reciente, sabía que era necesario propiciar un ambiente favorable en personas que tenían una influencia decisiva en la sociedad y en la Iglesia. Sabía que tenía que ser resuelto y dar a conocer sus planes junto con el grupo de compañeros, pero también era consciente que tenía que ser cauto, diplomático, más aún astuto, en los modos de hacerlo. Eligió los Ejercicios como el instrumento que proyectaría su más íntima razón de ser. A través de ellos podría ofrecer a los demás lo más profundo de su sueños y deseos y sería una oportunidad para encontrar adeptos a sus planes, a la vez que seguía haciendo el bien con los efectos multiplicadores de su práctica espiritual.

Como en las dos etapas anteriores, Ignacio supo adaptarse a las urgencias y necesidades de su trabajo, aprendió a intuir lo que era mejor para sus planes y actuar en consecuencia. En Alcalá de Henares, sobre todo, encontró obstáculos por su falta de estudios y preparación teológica. Más tarde, en París, fueron los estudios los que impidieron que se dedicara a una de las pasiones más significativas de su vida. Una vez que había reunido un excelente grupo de amigos y compañeros y que habían hecho ya sus votos para el servicio de Dios, era menester que su incipiente trabajo obtuviese la aprobación de los dignatarios romanos, de las personas que podían influir en la aprobación de Compañía de Jesús y, en última instancia, sabía que era menester tener la aprobación del Papa Paulo III. En esta etapa Ignacio desarrolló una gran actividad en la práctica de los Ejercicios. Después ya no tendría mucho tiempo pues otras actividades no menos importantes de la Orden requirieron de su atención y tiempo: la redacción de Constituciones y el gobierno con la consiguiente planeación apostólica.

### 2.3.1. *Los hechos*

Tenemos noticias de la naturaleza de su trabajo por una carta que escribió a su amiga Isabel Roser en la que narra las nuevas persecuciones y el favor de algunos letrados y principales con las siguientes palabras:

...durante ocho meses enteros hemos pasado la más recia contradicción o persecución que jamás hayamos pasado en esta vida... nos hacían ser suspectos y odiosos a las gentes, viniendo en mucho escándalo; de manera que nos fue forçado presentarnos delante del legado y del gobernador desta ciudad (que el papa era ido entonces para Niça) por el mucho escándalo que se causaba en muchas personas... Más ha de un año que tres de la Compañía llegamos aquí en Roma... Los dos comenzaron luego a leer gratis en la escuela de la Sapiencia, el uno teología positiva y el otro escolástica, y esto por mandato del papa; yo me di todo a dar y comunicar excercicios espirituales a otros, así fuera de Roma como dentro. Esto concertamos por haber algunos letrados de nuestra parte, o principales, o por mejor decir, de la parte, honor y honra de Dios. N. S., pues la nuestra no es otra que alabanza y servicio de la su divina magestad...<sup>61</sup>

<sup>61</sup> Carta a Isabel Roser, fechada en Roma el 19 de diciembre de 1538. FN I, pp. 6-7; MHSI. MI. (1903). Series prima, *Sancti Ignatii de Loyola Epistolae et Instructiones*, Tomus primus, Matriti: Typis Gabriëlis Lopez del Horno, p. 138.

Uno de los personajes que se vieron favorecidos con la práctica de los Ejercicios Espirituales fue el Doctor Pedro Ortiz a quien Ignacio se los dio en Montecassino durante cuarenta días. De acuerdo con esta información, sabemos que no era su único trabajo sino que regresaba a Roma para ejercitarse en ayudar a las ánimas y continuar dando materia de oración a otros ejercitantes, sin importarle las cuatro horas que utilizaba para atravesar la ciudad<sup>62</sup>. Ese año acompañó a otros ejercitantes entre quienes estaban Lactancio Ptolemeo<sup>63</sup>, el doctor Iñigo López<sup>64</sup>, el cardenal Contarini<sup>65</sup>, Pedro Codacio, quien después ingresó en la Compañía<sup>66</sup> y otros más en distintos sitios a la vez<sup>67</sup>. Sabemos también que “se dieron a diversas personas... y muchos se aplicaron a la Compañía”, situación que comenzaba ya a presentarse como un extraño fenómeno dado el poco tiempo que la Orden tenía de ser fundada “y aunque otros en otras partes hayan sido movidos, aquí en Roma se han especialmente ayudado y probado”<sup>68</sup>. De este tiem-

<sup>62</sup> “Di Roma andò il pelegriano a Monte Cassino a dar gli exerciti al Dottor Ortiz, et vi fu giorni nelli quali vide una volta il bacigliier Hozes che intrava nel cielo... Tornando a Roma, si exercitava in aiutare le anime; el stavano anchora alla vigna, et dava exerciti spirituali a diversi in un medesimo tempo; delli quali uno stava a santa Maria Maggiore, il altro in Ponte Sixto”. Acta P. Ignatii, 98, FN I, p. 500. “De los 3 de Roma dos leyeron en la Sapiencia (M<sup>o</sup> Fabro y M<sup>o</sup> Laynez), por orden de su Santidad, uno cosas de la Escritura, otro cosas escolásticas, y diéronse ejercicios a diversas personas, entre las cuales fueron a los principios el Dr. Ortiz...”. *Summarium Hispanum*, 78, MI, FN I, p. 196. “A vinea Qurini Garzoni as Stam. Mariam Maiorem; inde ad Pontem Sixtum, et ab hoc Ponte iterum ad vineam Qurini esr (quantum in hac re definiri potest) iter duarum fere horarum, aut paulo minus. Quare si semel illis puncta meditationis proponebat, et semel illos invisebat, quator fere horas itinere consumpsit”. Acta P. Ignatii, MI., FN I, p. 500, nota 5.

<sup>63</sup> Lactancius Tolomei, legatus reipublicae senensis coram Smmo Pontifice, nepos Cardinalis Ghinuzzi, fautor litteratum. *Summarium Hispanum*, 78, FN, p. 196, nota 38. Véase también: TACCHI VENTURI, Pietro. (1922). *Storia della Compagnia di Gesù in Italia*, Narrata col sussidio di Fonti Inedite. Volume Secondo..., Opus cit. pp. 117-119.

<sup>64</sup> Enecus López, medicus, amicus Societatis, cuius negotia fovit inter alia foundationem Collegi Mesanensis. *Summarium Hispanum*, nota 39, FN I, p. 196; Véanse también: Joanne Alphonso de Polanco, *Vita Ignatii Loiolae et reum Societatis Jesu historia*, Tomus Primus (1491-1549), Matriti: Excudebat Topographorum Societas, 1894, pp. 64, 240, 242; MHSI. MI. (1899) *Epistolae Mixtae ex variis Europae locis*, Tomus secundus (1549-1552), Vol., 14, Matriti: Excudebat Augustinus Avrial, pp. 21, 30, 38 y 316.

<sup>65</sup> Gaspar Contarini (1483-1542 sept. 1). Creatus Cardinalis die 21 maii, legatus a latere ad dictam Spirae (1540); legatus in partibus Germaniae (1541); legatus Bononiensis (1542); legatus ad Caesarem (1542 aug. 7). Factis exercitiis, ea exscripsit manu propria, Cf. MI, Scripta II, 872; quod exemplum apud heredes eius servari affirmat Maffei 1. II c. VI. Exhibuit Paulo III primam formulam instituti. Cf. Jo. Petro Maffejo, *De Vita et moribus divi Ignatii Loyolae*, Patavii: Apud Josephum Cominum, 1727.

<sup>66</sup> “Petrus Codacius (Codazzo), Canonicus laudensis (Lodi), quo fervore peregerit exercitia”. Polanco, *Summarium Hispanum*, FN I, pp. 200-201. “Pedro Codacio, a quien el Padre dio los ejercicios, estuvo tres días sin comer, aunque era grande comedor y regalado, y hombre que en el tiempo de Clemente gobernaba a uno que gobernaba al mismo papa Clemente. Este quedó bien dispuesto, y después, de ahí algún tiempo se determinó para la Compañía”. L. González de Cámara, *Memoriale*, 307, FN I, p. 705. Véase también: La Compagnia di Gesù in Italia. (1910). *La Vita Religiosa durante la Prima Età della Compagnia di Gesù*, Narrata col sussidio di Fonti Inedite. Volume Primo, Roma-Milano: Società Editrice Dante Alighieri di Albright, Segati & C., pp. 597-601.

<sup>67</sup> FN I, 13, 600.

<sup>68</sup> D. Láinez, *Eppistola P. Lainii*, 46, FN I, p. 122-124 y Polanco, *Summ Hisp.* 78, FN I, p. 196.

po datan también los Ejercicios que, en compañía de Pedro Fabro diera a Francisco Estrada, quien, en opinión del fundador llegaría a ser uno de los mejores acompañantes de los Ejercicios de la primera semana<sup>69</sup>. También acompañó a Antonio de Araoz, quien a la postre también sería jesuita y, a pesar de los serios problemas que causó a la Orden, desempeñó un papel muy importante en la fundación y fortalecimiento, primero de la Provincia portuguesa y, más tarde, en la Provincia española<sup>70</sup>. Después de estos Ejercicios y, a partir de 1539, la labor de Ignacio se centró en la formación de los directores que habrían de expandir el ministerio, sólido fundamento de la expansión de la Compañía de Jesús. Todo indica que no dirigió otros retiros a más personas influyentes pues toda su atención se dirigía ahora a la labor multiplicadora a través de sus compañeros jesuitas. Suponemos que esa labor comenzó con personas de menor importancia pues los directores estaban en fase de entrenamiento. Ignacio volvió a dar Ejercicios en 1542 a Juan de Alba, que era albanés y analfabeto, antes de su ingreso a la Compañía como un hermano coadjutor<sup>71</sup>. En 1546 los dio al doctor Miguel de Torres, persona muy reconocida en el Colegio de Alcalá de Henares y fundador del Colegio de Salamanca<sup>72</sup>. En

<sup>69</sup> Ignacio Iparraguirre, *Práctica de los Ejercicios de San Ignacio...*, Opus cit. p. 290.

<sup>70</sup> “Eodem anno 1540 per P. Antonium de Araoz, coepit Societas etiam in Hispaniae regnis innotescere. Is anno praecedente cum Romam et animo et habitu saeculari venisset, Patrem Ignatium, cui sanguine conjunctus erat, officii gratia invisit. Sed ad spiritualia Exercitia adductus, sic in illis profecit, ut cum miro mundi contemptu, Societati Institutum sequi decreverit; et in iis, quae ad orationem et ad abnegationem...”. Polanco, *Chronicon I*, p. 88.

<sup>71</sup> IPARRAGUIRRE, Ignacio. (1946). *Práctica de los Ejercicios...*, Opus cit. p. 9.

<sup>72</sup> “Pidióle el Padre Salmerón al embajador que le diese a conocer aquel español. Díjosele Juan de Vega, mas él repugnó en gran manera diciendo qué dirían los demás si le viesan tratar con una gente que era fama que se había huido de España por no caer en manos de la Inquisición, mas pasadas algunas demandas y respuestas concedió el hablarle, mas de noche y disfrazado por no ser de algunos conocido; al fin hablaron él y Salmerón, y pidiéndole por conclusión que una vez se viese con Ignacio ‘en ninguna manera’ (respondió él) porque él era (dice) el que querían en España quemar, y por él estais todos infamados, qué dirán si saben que yo he hablado con él los de la nación, sino que me haré sospechoso. Rogóle encarecidamente y con el disfraz que quisiere, y de noche en un lugar fuera de Roma, le quisiese hablar; condescendió al fin a est muy contra su voluntad, y como hombre que sale de camino, llegó al puesto donde Ignacio le estaba aguardando, y allí le habló muy pocas palabras, pero con tal espíritu dichas, que como él contaba después, no habían llegado bien a diez, cuando se postró de rodillas y se le entregó para que hiciese de él lo que quisiese. Concertó el darle los Ejercicios en una viña, apartada buen trecho de Roma, de los cuales, aunque volvió mudado en otro hombre y con grandes deseos de servir a Dios en provecho de los prójimos, mas muy indeterminado para entrarse Religioso; y como viese a Nuestro Padre Ignacio inclinado a que se quedase en la Compañía, él con con mucha resignación le dijo, trátelo V. R<sup>a</sup> con Nuestro Señor y lo que su Majestad le diere a sentir eso haré yo. Nuestro Padre dijo tres misas sobre ello y al cabo de unos días saliéndose los dos juntos al campo le habló de esta manera. Yo señor doctor he dicho tres misas sobre lo que me dijo que tratase con Nuestro Señor: la primera y segunda vez me fue respondido esto y esto; la tercera que Vm. se entrase en la Compañía; como dijo esto Nuestro Padre quisole dar juntamente algunas razones para convencerle á las cuales dijo el doctor, “sabe padre que si por razones va yo las podré deshacer todas con las mías, mas yo no quiero oír las mías ni las de V. R<sup>a</sup>; bástame a mí saber que esa benditísima alma de V. R<sup>a</sup> lo siente así que lo quiere Dios para que yo lo obedezca, hágase su voluntad en mí. Y así luego allí hizo voto de entrarse en la Compañía, aunque no lo recibió luego Nuestro Padre aquel año, que era el de 42, hasta que vuelto a España, hubiera dado



1547 los dio casi ordinariamente<sup>73</sup>, de la misma forma que a eclesiásticos de calidad<sup>74</sup> y, en 1548, a Cristóbal Laínez - hermano de Diego -, quien junto con un compañero decidió entrar en la Compañía de Jesús<sup>75</sup>.

### 2.3.2. Comentario

El análisis de la práctica y el modo y orden de los Ejercicios en esta tercera etapa nos permite conocer que se realizó bajo la mirada penetrante y vigilante de Ignacio. Los consejos que dio a sus fieles colaboradores nos transmiten su forma de pensar, sus inclinaciones y lo que él opinaba era mejor para la buena marcha y nombre de su taller de conversión. Les advirtió que no se diesen los Ejercicios abiertos a “personas de quien se espera que pueden venir a seguir la vía de perfección” y que, no se debía dar nada por escrito ya que el hacerlo se demostraba que no sabían cómo se debían dar. Una exigencia insustituible consistía en que para ser directores, debían no solamente haber hecho los Ejercicios, sino haberlos hecho bien. Esta norma pasará a las Constituciones en donde pide que los escolares se ejerciten en darlos una vez que ellos mismos los hayan practicado<sup>76</sup>. De la misma forma como Ignacio aprendió de su experiencia a lo largo de sus varias etapas de conversión, quería que sus hijos comunicaran vida y no teorías que sólo son estudiadas en los libros o en las universidades<sup>77</sup>. Esta etapa fue también decisiva

cuenta a los de su Colegio de los negocios que le habían encomendado, dejando el entrar para este nuevo Colegio de Alcalá... “La estima grande que nuestro Padre Ignacio, como dijimos tuvo del Doctor Torres, y las diligencias que hizo, y modo con que pocedió con él, aunque no hubiera otro testimonio, era suficiente para darnos a entender el caudal que Dios puso en su persona...”. Cuando el Cardenal Francisco de Mendoza le pidió jesuitas para la fundación del Colegio de la Compañía en Salamanca, Ignacio escribió al doctor Torres de esta manera: “El Cardenal Francisco de Mendoza me pide que envíe algunos de los nuestros a fundar un Colegio en Salamanca, que él quiere dotar; no tengo a quien encomendar esto sino a V. R<sup>a</sup> y así podrá tomar uno o dos compañeros, de los que en el Colegio de Alcalá están y irse con ellos a Salamanca por Superior...”. DE CASTRO, Cristobal. (1600). *Historia del Colegio Complutense de la Compañía de Jesús*, Primera Parte, Compluti: Manuscrito del Colegio de Alcalá, pp. 59-60, 80-81. “Doctor etiam Michaël de Torres, qui magna benevolentia Patri Ignatio conjunctus fuerat, absolutis Exercitiis spiritualibus, Deo se totum consecrare statuens, quamvis in saeculari habitu cuam Gandiae Duce aliquid conferre volens, in Hispaniam se contulit”. I. de Polanco, *Chronicon* I, p. 169.

<sup>73</sup> MHSI. MI. (1904). Series cuarta. *Scripta de Sancto Ignatio de Loyola*, Tomus secundus, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, p. 618.

<sup>74</sup> Archivum Societatis Iesu Romano, 127, 1r. Citado por IPARRAGUIRRE, Ignacio. (1946). *Práctica de los Ejercicios...*, Opus cit. p. 290.

<sup>75</sup> MHSI. MI. (1904). Series prima, *Sancti Ignatii de Loyola Epistolae et Instructiones*, Tomus secundus, Vol. 26, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, p. 206.

<sup>76</sup> “En dar los Ejercicios Espirituales a otros, después de haberlos en sí probado, se tome uso, y cada uno sepa dar razón de ellos, y ayudarse de esta arma, pues se ve que Dios nuestro Señor la hace ta eficaz para su servicio”. Del instruir los escolares en los medios de ayudar a sus prójimos. Constituciones, Parte Cuarta [408].

<sup>77</sup> Ignacio escribía que si no son hechos los Ejercicios no bastan las reglas que se pueden mandar de Roma para aprender a darlos bien. Cf. MHSI. MI. (1911). Series prima, *Sancti Ignatii de Loyola Epistolae et Instructiones*, Tomus duodecimus, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, p. 399.

ya que, ante las deficiencias que observaba en sus compañeros, les comunicó el deseo que tenía de redactar un “Directorio de cómo se habían de dar los ejercicios” para lo que permitió a Polanco que “le preguntase las dudas a qualquiera hora, porque en cosa de los ejercicios no le sería necesario pensar mucho para responder a ellas”<sup>78</sup>.

### 3. Los Directorios de Ejercicios

Él hubiera querido que los Ejercicios se dieran de la mejor forma posible, sin embargo, las necesidades crecientes, la demanda inusitada que despertó en muchísimas personas aquél sencillo método, lo obligaron a ir preparando directores sobre la marcha, sin mayor formación que el creer profundamente en ellos, con la certeza de que para cada uno de los jesuitas que los daban habían significado una real y verdadera experiencia fundante de vida, de esperanza, de fe y de amor. Decidió “sacrificar” su misión de quien daba el modo y orden con la certeza de que si preparaba a otros el beneficio sería más grande y se extendería en un mayor número de ejercitantes. Cercano a sus compañeros, los iba conociendo y sabía quiénes de ellos eran mejores para practicar este ministerio. No hizo otra cosa que hacer operativo aquello en lo que creía firmemente: encargar a los jesuitas la tarea para la que estaban más capacitados a lo que se sumaba su confianza en sus capacidades naturales. Si exigía tanto a sus ejercitantes, no podía dejar de hacerlo con quienes daban el modo y orden. Esta labor de acompañamiento, de guía y de enseñanza a la vez dejó una profunda e imborrable huella en todos sus hijos<sup>79</sup>.

Los noveles directores tenían que haber hecho primero los Ejercicios que eran la fuente de donde se alimentaba su vida espiritual pero, a la vez que se dejaban impactar por la pedagogía divina, la principal enseñanza la recibían del testimonio de Ignacio a través de sus palabras, su paciencia, su capacidad de escucha y diálogo sincero, su facilidad para empatizar con los demás y su modo de aceptar a todos en sus situaciones y circunstancias individuales.

<sup>78</sup> *Ibíd.*, p. 708.

<sup>79</sup> Decía el P. Nadal: “San Ignacio se dio a este ministerio todo lo que pudo. Solía enzararlos diciendo que eran nuestras principales armas, a las que Dios les había concedido tanta eficacia para las cosas de su servicio y nunca quiso dar ni permitir otro método de oración. Quiso que los ejercicios fueran la primera experiencia de los que entran en la Compañía porque sabía que aquí se recibían los principios y la fuerza en donde podíamos llegar a toda clase de oración perfecta y aun elevada. Quería que si alguno se debilitaba en el espíritu, se rehiciera y repusiera con los ejercicios; en una palabra, se esforzaba para que viviéramos la vida espiritual por medio de los ejercicios; para que por medio de éstos nos instruyéramos y por ellos conserváramos y aumentáramos en nosotros el espíritu y devoción, porque aun cuando debemos algunas veces retirarnos a hacer los ejercicios con más fruto, pero debemos usarlos perpetuamente en nuestras meditaciones y oraciones”. NADAL, Jerónimo. (1945). *Pláticas Espirituales del P. Jerónimo Nadal, S.J.*, Ed. Miguel Nicolau, Biblioteca Teológica Granadina, Granada: Facultad de Teología, pp. 61-62. El texto aparece en latín en MHSI. (1905). *Epistolae P. Hieronymi Nadal ab anno 1546-1577*, Tomus Quartus, Selecta Natalis Monumenta in Ejus Epistolis Conmemorata, Matriti: Typis Gabrielis López del Horno, p. 669.

De los directores, “hablando de los ejercicios decía que de los que conocía en la Compañía, el primer lugar en darlos tuvo el P. Fabro, el segundo Salmerón, y después ponía a Francisco de Villanueva y a Jerónimo Doménech. Decía también que Estrada daba bien los de la primera semana”<sup>80</sup>. Ignacio los aleccionaba en privado antes de que visitaran a sus ejercitantes; en algunos casos les daba por escrito los puntos que debían tratar y, cuando regresaban de atender a sus ejercitantes, los recibía nuevamente para darles nuevas instrucciones según lo que hubiesen observado en el trabajo de oración<sup>81</sup>. La mejor escuela para directores era su palabra, sus enseñanzas, sus consejos y recomendaciones. Su testimonio era para los compañeros el mejor aprendizaje y esto hacía que lo amaran y respetaran más pues su instrucción partía de su coherencia e integridad ya que “nunca ordenaba una cosa a sus discípulos que él no la hiciese primero”<sup>82</sup>. Además de su testimonio personal y sus coloquios, compartía cómo habían vivido su retiro los primeros compañeros<sup>83</sup>; les narraba - maravillado - las extremas penitencias que habían hecho, especialmente Pedro Fabro, Francisco Javier y Pietro Codacio<sup>84</sup> y hasta le parecía que el rigor en los Ejercicios “ya no valía nada”<sup>85</sup>.

### 3.1. Los hechos

Los Ejercicios de mes debían darlos sólo los padres más antiguos y de mayor oración y mortificación, es decir, aquellos que pudieran avalar sus dichos con los hechos<sup>86</sup>, de

<sup>80</sup> FN I, Idem., p. 658.

<sup>81</sup> Por ejemplo en el caso de González de Cámara cuando dio los Ejercicios al abad Martinengo o el del P. Vitoria con Lorenzo Maggi, sobrino del mismo abad. *Ibidem.*, pp. 691-692.

<sup>82</sup> RIBADENEIRA, Pedro de. (1863). *Vida de San Ignacio de Loyola*. Librería de la Viuda e Hijos de J., Barcelona: Subirana, Editores, p. 635.

<sup>83</sup> “Todos los primeros Padres hicieron los ejercicios exactamente y apartados; y el que menos abstinencia hizo, estuvo tres días sin comer ni beber ninguna cosa, excepto Simone, que, por no dexar sus estudios y no andar bien sano, no dexó su casa, ni hizo ninguno destes extremos, sino que le daba el Padre las meditaciones etc.”. FN I, p. 704.

<sup>84</sup> “Fabro hizo los ejercicios en el arrabalde de S. Jaques, en una casa a mano izquierda, en tiempo que el río Secana se pasaba con carretas por estar helado. Y aunque el Padre tenía esta advertencia de mirar en los labios si se pegaban, para conocer si no comía el que se ejercitaba, cuando examinó a Fabro halló que ya había seis días que no comía ninguna cosa, y que dormía en camisa sobre las barras que le traxeron para hacer fuego, el qual nunca había hecho, y que las meditaciones hacías sobre la nieve en un cortil... y su deseo era que Fabro estuviese tanto tiempo sin comer, quanto el mismo Padre había estado, para lo qual le faltaba poco. Mas, aunque esto deseaba, no se atrevió el Padre a consentillo después de hecha oración; y así volvió a hacelle fuego y de comer... Maestro Francisco, ultra de su abstinencia grande, porque era en la Isla de París uno de los mayores saltadores, se tó todo el cuerpo y las piernas con una cuerda reciamente; y así atado, sin poderse mover, hacía las meditaciones... Pedro Codacio, a quien también el Padre dio los ejercicios, estuvo tres días sin comer, aunque era grande comedor y regalado...”. *Ibid.*, pp. 704-705.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 704.

<sup>86</sup> En 1572, los padres de Portugal presentaron un postulado de la Provincia en el que pedían que: “Olim fieri solebat idque per antiquiores Patres et in oratione ac mortificatione exercitatiores”. Cf.

manera que fueran ejemplos vivos de oración, humildad, mansedumbre y confianza en Dios. No comenzaban con los ejercitantes más difíciles sino con “algunos con quienes se aventurase menos”<sup>87</sup> como lo hicieron dos grandes directores: Jerónimo Doménech en Parma y Francisco de Estrada en Lovaina, bajo la mirada atenta de Pedro Fabro y muchos otros directores bajo la guía de Ignacio. Los Ejercicios más difíciles, esto es, aquellos en los que se va a hacer elección, debían dirigirlos *exclusivamente los más experimentados*, por la sencilla razón que eran los Ejercicios que más interesaban a la Compañía naciente pues ellos eran veta y cantera de sus vocaciones y debían estar dirigidos a las personas de quienes se esperaba mucho fruto. Ignacio no transigía en este punto; en el año de su muerte afirmaba que una de las causas por las que no habían de darse estos Ejercicios de elección era que no se encontraban directores experimentados<sup>88</sup>.

Por lo que se refiere al acompañamiento a los jóvenes, tanto Ignacio como los primeros compañeros consideraban de suma importancia contar con acompañantes capaces que pudieran orientarlos en su proceso de elección de modo que pudieran acertar. En Bolonia, en 1546, el P. Francisco Palmio prefirió esperar a que otro padre aplicase el método completo pues él no se sentía capacitado para acompañar a aquellos jóvenes en su elección y les entretuvo con los Ejercicios de la primera semana<sup>89</sup>. En Venecia sucedió lo mismo con el P. Helmio quien tampoco se sintió capaz de dar el retiro a pesar de que había unos jóvenes que habían sido considerados idóneos para la experiencia del mes completo. Este jesuita fue honesto y ante la magnitud del reto y su inexperiencia, prefirió dar solamente los Ejercicios de la primera semana<sup>90</sup>. Lo anterior nos da una idea de la importancia que se otorgaba a este tipo de Ejercicios y a los sujetos que podían practicarlos. No sucedía lo mismo con los religiosos a quienes se consideraba de menor riesgo que los jóvenes pues ellos ya habían elegido estado, habían optado ya por una determinada vocación por lo que sencillamente podían darles un tipo de retiro que no requiriese tanto esfuerzo ni riesgo. Es muy importante caer en la cuenta de esto: los más jóvenes, no los religiosos, eran quienes resultaban privilegiados, especialmente si no

LETURIA, Pedro de. (1934). La Hora matutina de meditación en la Compañía naciente, *Archivum Historicum Societatis Iesu*, N° 3, p. 97.

<sup>87</sup> “Podrían comenzar a dar los Ejercicios a algunos con quienes se aventurase menos, y conferir con alguno más experto su modo de proceder, notando bien lo que halla más y menos conveniente...”. Del instruir los escolares en los medios de ayudar a sus prójimos. Constituciones, Parte Cuarta [409].

<sup>88</sup> MHSI, MI. (1911). *Sancti Ignatii de Loyola Epistolae et Instructiones*, Tomus undecimus, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, p. 77.

<sup>89</sup> Patri Joanni Btae. Violae ex Comm. Roma 28 octubris, 1553. MHSI, MI. (1907). Series prima, *Sancti Ignatii de Loyola Epistolae et Instructiones*, Tomus quintus, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, p. 638.

<sup>90</sup> “Et spiritualiam etiam exercitia primae hebdomadae cuidam medico Fulginati, inter alios, a P. Caesare proposita fuerunt, qui ejusdem aliquando condiscipulus fuerat. Sed cum ipse met in aliis, praeterquam praedictae hebdomadae primae, non satis versatus esset, praesertim in his, quae ad electionis pertinent; non aliis commode proponere poterat, quamvis Venetiis multi erant ad religionem idonei, qui adjuvari vehementer potuissent, si operarium aliquem in his exercitiis versatum nacti fuissent”. MHSI, *Vita Ignatii Loyolae et rerum Societatis Iesu Historia*, auctore Joanne Alphonso de Polanco, Tomus sextus (1556), Matriti: Excudebat Augustinus Avrial, 1898, p. 228.

habían elegido estado de vida. Esto lo vemos claramente cuando Ignacio le dice al P. Ferrara que podría practicar dando Ejercicios a los jesuitas, antes que darlos a otras personas de fuera. Al P. Soldevilla no se le permitió dar Ejercicios a los de fuera de la Compañía sin previo examen del Rector; en cambio, sí se le concedió el permiso para que los diera a los de casa<sup>91</sup>.

Quienes daban modo y orden debían observar, pues, una especie de gradación para la práctica de los Ejercicios. Intentando ser fieles a la recomendación de Ignacio, quienes deseaban ser acompañantes comenzaban su aprendizaje durante el noviciado, bajo la dirección de un jesuita experimentado. En segundo término, continuaban con los Ejercicios de la primera semana que les sirviera a modo de práctica, a la vez que adquirían seguridad en sí mismos. Se llegaba después a una tercera etapa que consistía en darlos exactamente y en retiro pero a aquellas personas que no fueran a tratar la elección. Y, finalmente, sólo para los instructores experimentados, estaban los Ejercicios completos para definir el estado de vida. Y eran éstos, los mejores directores, quienes estaban dedicados fundamentalmente a los jóvenes que, siendo idóneos, podían aspirar a ser admitidos en la Compañía de Jesús o en otras “religiones”<sup>92</sup>. Aunado a las directrices que daba a sus discípulos y en las que vemos claramente las indicaciones de Ignacio para elegir instructores aptos, encontramos varios textos que nos ayudan para confirmar que en la mente del fundador estaban muy claras sus preferencias en el momento de decidir quiénes podían ser ejercitantes, como cuando se afirma:

[1] Non parece que conuiene exhortar a ninguno a que se encierre para hazer los exercicios, si no tuuiere estas condiciones o las más notables dellas. Primero que sea subiecto de quien se tenga concepto que será no poco fructuoso en la casa del Señor, si fuere llamado a ella. 2° Que ya que non tenga talentos tan auentajados de arte o sciencia adquirida o otras cosas semejantes, que a lo menos tenga edad y competente ingenio para poderse aprouechar. 3° Que sea tal que pueda determinar de su persona, etiam para estado de perfection, si Dios fuere seruido de llamarlo a ella. 4° Que tenga buena y honesta presencia, etc. 5° que non esté tan affeccionado a alguna cosa, que sea difficil traerlo a que se ponga en ygal balança delante de Dios, mas antes que esté angustiado en alguna manera, con el desseo de saber qué aya de hazer de su pesona y ambiguo; y quanto más apto fuere para el instituto de la religión y para la Compañía, simplemente hablando es más apto para encerrarse a hazer los exercicios<sup>93</sup>.

<sup>91</sup> “Gli essercitii spirituali non è incoveniente che gli dia alli nostri. Ma, perchè dubitamo sia mai pratico in darli. V. R. li dica che prima li refeisc li punti el il muodo, oer chè, se lo facesse bene, dentro et fuera di casa il potria dare per l’ auvenir”. Patri Christophoro de Mendoza, Roma 22 decembris, 1555. MHSI, MI. (1910). Series prima, *Sancti Ignatii de Loyola Epistolae et Instructiones*, Tomus decimus, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, p. 371.

<sup>92</sup> En 1545, en Barcelona se nos dice “que uno de los sacerdotes que quedan en casa está harto instructo para... poder dar (los ejercicios de elección)”. MHSI., MI. (1903). Series prima, *Sancti Ignatii de Loyola Epistolae et Instructiones*, Tomus primus, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, p. 236.

<sup>93</sup> MHSI. MI., Directoria Ignatiana Dictata. Anotaciones sobre los ejercicios, y la manera que se ha de tener en darlos, sacados del original del P. D. Victoria, ditado de Nuestro P. Maestro Ignacio..., *Sancti Ignatii de Loyola Exercitia Spiritualia...*, Opus cit. p. 786.

Me parece conveniente subrayar otro hecho de por sí evidente: contrariamente a la práctica común en la pastoral de Ejercicios en nuestros días, resulta sorprendente confirmar a quiénes, en opinión de Ignacio, no se les deben dar los Ejercicios completos. Afirma enfáticamente:

Lo que non tienen estas disposiciones, ni se espera que con facilidad se podrán traer a equilibrio en sus cosas, o son casados o religiosos o inhábiles, no se les han de dar los ejercicios, en especial quando hauiese otros a quien los dar, o otras legítimas ocupaciones, pero déseles el ayuda competente, come la primera semana, exhortándolos que se recojan en alguna parte lo más que pudieren, si no fuere quando fueran a missa, uísperas, o uinieren a casa a tomar los ejercicios. Puédeseles dar otra ayuda de algunos exercitios de las otras semanas, del modo de orar y examinar la consciencia, y otras cosas semejantes<sup>94</sup>.

Ignacio era muy reservado para admitir a Ejercicios a personas que no ofrecieran todas las garantías de dar mucho fruto y de quienes se pudiera aprovechar en grado sumo. Una vez más, comprobamos sus preferencias pues no cesaba de afirmar que los ejercitantes más aptos eran los que todavía no habían determinado su estado de vida “porque entonces hay más variedad de espíritus”, como nos los hace saber en una expresión suya recogida por Gonçalves Cámara, que a la letra dice lo siguiente: “254. 3º Los ejercicios son mejores para quien no está determinado en el estado de vida, porque entonces hay más variedad de espíritus; y también quando alguno se viene a tentar y está atribulado, por la misma razón...”<sup>95</sup>. Además de las condiciones que exigía a quienes querían hacer Ejercicios, Ignacio pide que quien los va a dar se cerciore, que tenga la seguridad de que el ejercitante está dispuesto a buscar sólo la voluntad de Dios, en una entrega y abandono totales de modo que

los tales y todos los que no estuuieren aun resignados en las manos de Dios N. S., etc. para que él haga dellos y los eche a aquella parte que más les conuiene y entran con algunos disegnos y intentos; conuiene poner mucha diligencia para que se deshagan de tal imperfección, porque es una polilla, que apolilla aquella preciosa ropa de la uerdadera uocación, y no dexa conocer por ninguna manera la uerdad, y el que se conociesse estar muy pertinaz en esto antes que entrase en los ejercicios no se auía de incitar a ellos ni admittir hasta que por freqüentes confessions, come dicho es, estuuiese más maduro<sup>96</sup>.

En la práctica de los jesuitas de la primera generación se establecían los mismos requisitos con el fin de garantizar los máximos frutos como lo indica Juan Alfonso de Polanco en sus Industrias cuando sostiene que,

mucho se deue procurar en los ejercicios la disposición buena del que los entra a tomar, como es la resignación de su propria voluntad en la de Dios, y voluntad de mucho aprouecharse en el espíritu etc.; pero no se exagere la cosa tanto, que spante a los principios

<sup>94</sup> Idem., p. 786.

<sup>95</sup> MHSI, MI., Luis González de Cámara, *Memoriale*, 2 de março de 1555, FN I, p. 676.

<sup>96</sup> MHSI., Directoria Ignatiana Dictata, 9. *Exercitia Spiritualia...*, Opus cit. p. 791.

y haga recatarse demasiado o retirarse aquel a quien se propone; pero, como van gustando, poco a poco se puede yr cargando más la mano, para que se obseruen las adiciones<sup>97</sup>.

Juan Alfonso de Polanco, eximio secretario de tres generales, profundo conocedor de la mente del fundador y fiel transmisor de lo que sucedía en su entorno, reproduce lo que era sentir común en los de la Compañía de Jesús en el sentido de que los medios para el apostolado, y entre éstos, los Ejercicios Espirituales, eran un instrumento eficaz para comunicar el mayor bien a muchos. En sus “Industrias con que se ha de ayudar la Compañía, para que mejor proceda para su fin”, se reconoce que,

el 6° y propríssimo medio de los de la Compañía es el de los exercitios; açerca de los qual[es] primeramente es menester tenerlos entendidos, con sus anotaciones y avisos, y así scritos [en] la memoria, o a lo menos en vn libro o papel que se tenga a mano: 2° sería menester tomar vsanza de darlos a algunos donde menos se aventura[se] en no acertar, y estar muy sobre aviso, haziendo reflexión sobre lo hecho en notar que daña o ayuda, para mejor ha[zer] esto adelan[te]: 3° es menester que esté aparejado vt reddat rationem omni poscenti de los exercitios, specialme[n]te a] personas de gouierno y auctoridad, y que sepa dezir así de los effectos que Dios [por] esta vía ha hecho a seruicio tanto suyo, como de la substancia dellos, en qué consiste y de dónde [tie]nen efficitia, etc.; y esto se debía tener pensado en modo no solamente bastant[e] para defender, pero attractiuo de los que oyesen para desear de hazerlos, el qual se podrí[a] más vsar con los [que die]sen speranza de a[proue]ch[a]m[iento]: 4° Mire a quien los da; porque si la persona no es capaz, o no da speranza de mucha gan[an]tia spiritual, no es bien ocuparse mucho con ella; pero en general hablando, lo[s] exercitios de la primera semana, y algunos otros fáciles, como del modo de orar, etc., [cer]ca los preceptos, etc., se pueden dar a muchas personas; los demás no, si no fuese a personas de quien mucho se sperase, o de vtilidad común, como si fuese gran p[er]sona, o en special de la Compañía, como fuee subiecto apto para ella, o persona que quisiese emplearse en favorezlerla: 5° los que vbieren de entrar, trabájese [con] ellos que entren muy desnudos de su propio querer, y resignados en las m[a]nos de Dios y con gran voluntad y speranza de mucho ayudarse, dexando todo lo que distray, etc. como en los exercitios de dize... 6° si se viesse que no quieren los que se exercitan dexarse regir, yendo a su modo, y diesen poca speranza de hazer gran fructo, podríase buscar alguna manera para dexarlos antes de acabar los exercitios...<sup>98</sup>.

El secretario de la Compañía nos transmite el interés de los primeros padres por los Ejercicios, considerados como un instrumento muy eficaz para comunicar el fin de la Orden. Es interesante observar que se insiste mucho más en el fruto que de las personas se espera, que en su propia idoneidad. Es verdad que siempre se hace referencia a las personas “capaces” pero esta mención queda opacada por la insistencia en el bien mayor y universal, en el bien que se puede hacer a muchos a través de personas bien seleccionadas y preparadas para que puedan en todo aprovechar. La idoneidad se puede trabajar, la capacidad se puede procurar, sin embargo, las cualidades y dones naturales

<sup>97</sup> MHSI. (1917). *Polanci Complementa. Epistolae et Commentaria P. Joannis Alphonso de Polanco*, Tomus secundus, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, p. 804.

<sup>98</sup> MHSI., *Polanci Complementa. Epistolae et Commentaria P. Joannis Alphonso de Polanco...* Opus cit. pp. 750-751.

de la persona no siempre están presentes. De modo pues que fruto esperado e idoneidad quedan inseparablemente unidos y considerados por la práctica de los primeros años, la más pura y -permítaseme la expresión, menos contaminada. ¿Cómo localizaban esas personas tantas veces mencionadas como capaces y de las que se esperaba mucho fruto en tiempos de Ignacio? En la práctica de los primeros años encontramos la respuesta en las norma de conducta que se iban asumiendo y aceptando generalmente. Esas personas eran algunos jóvenes selectos, estudiantes de las universidades

y más en las mejores, adonde acuden personas inclinadas a letras, y más espirituales, y con menos vínculos de las cosas del mundo, que en lugares mercantiles y cortes, etc., porque más comúnmente suelen procurar de valerse por letras los que no tienen mayorazgos, ni ejercicios de mercadería, ni otras artes o officios: así que en tales artes avrá más personas que se dispongan al instituto de la Compañía; y los que se dispusieren, estarán más instruydos en letras, y más vecinos a poderse servir dellos la Compañía para el bien del prójimo. Así que la residentia en vniversidades ayudará para hazer gente, y las más célebres entre ellas son más a propósito para tal fin<sup>99</sup>.

Para convocar a esos jóvenes selectos, estudiantes, sacerdotes y personas de prestigio, se recomendaba que fueran los también estudiantes y no sólo “los que ya son operarios” quienes animaran y contagiaran el servicio de Dios mediante predicaciones, ejercicios y conversaciones espirituales pues éstos son “el medio convenientísimo en subiectos idóneos”. La conversación espiritual ha de tenerse “tomando ocasión aora de los studios y exercitio dellos, aora de cosas espirituales; y quando se viesse vna persona de buenas partes, podr[ía] ynbiarse vno y otro que le dispusiesen, tirándole a las predicaciones y a confesarse, y si se pudiese a los exe[r]cicios. Podría también tomarse ocasión de cartas y nueuas, comunicando la parte dellas que se juzgase conuenir”<sup>100</sup>. En la práctica de los Ejercicios Espirituales así como en la selección de candidatos para la Compañía de Jesús, en lo que a la edad se refiere, ésta queda especificada al asumirse que las personas capaces e idóneas no deben ser ni muy viejos ni muy jóvenes, ratificando con esto lo que los Directorios de Ejercicios han de establecer claramente. Los viejos han de atenderse, sólo que sean “letrados o personas eminentes en algunas buenas partes”. Los muy jóvenes, que más bien serían niños, serán atendidos salvo raras excepciones “porque no se sabe si perseuerarán; y quando algunos se tomasen de 13 años para arriba, avrían de tener algunas partes raras”<sup>101</sup>. Aunque no podemos pensar que se estipulasen límites de edades en las preferencias de los padres, con esto queda perfectamente claro cuáles eran las tendencias en los primeros años de trabajo de la Orden: se han de atender personas de edad conveniente, ni muy mayores, ni muy jóvenes.

Los jóvenes selectos aparecen también como sujetos preferentes para el trabajo de los primeros jesuitas que han de ser enviados “donde se podrían ganar otros obreros, como en vniversidades, e[tc.], y donde con personas doctas y famosas se sperase fruto.

<sup>99</sup> Idem., p. 726.

<sup>100</sup> Ibídem, pp. 727-728.

<sup>101</sup> Ibíd., p. 731.



También porque el bien desta Compagnia es todo ordenado al bien común, donde vbie-se colleg[ios] o casas della, parece que, para el aumento dellas, sería conueniente, ceteris paribus, que vbies[e] alguno que trabajase in vinea Domini”<sup>102</sup>. Los primeros compañeros jesuitas tenían bien definido el tipo de persona con las que podían y con las que no debían conversar de cosas espirituales. Dentro de las primeras, estaban “puédese dezir universalmente que con aquellas de quien se espera maior bien para el seruicio diuino y bien común en ellas o en otras, y no con los que se aprouechan poco o impiden maior bien”<sup>103</sup>. Las que hay que evitar son los “hombres que ya tienen estado de vida, o manebos de grueso ingenio, o liuianos, o inconstantes, de quien no se deuü mucho esperar, comúnmente, no se deuen conuersar en exercicios, si no fuessen de la primera semana, por confesar generalmente, y alguna instrucción, como se dize en los exercicios, para orar etc.; y esto quando otras cosas maiores no lo impidiesen”<sup>104</sup>. Nada nuevo. Se confirma todo lo dicho: se buscan hombres que no hayan optado por un estado de vida concreto, inamovible y por jóvenes selectos, que puedan aprovechar al máximo lo que la Compañía ofrece y que puedan, asimismo, tener en cuenta la posibilidad de ser jesuitas. Y a esto se deben dedicar, prioritariamente, los trabajos y esfuerzos, siempre para cosas mayores y de mayor trascendencia.

Finalmente, constatamos que las personas consideradas idóneas para hacer los Ejercicios son todas aquellas que puedan ser multiplicadores de los frutos recibidos en el retiro, y entre ellas, se contaba a “hombres o mugeres, o que mucho pueden en lo seglar o eclesiástico”. Este sería otro criterio con el que se conducían los primeros compañeros, con Ignacio a la cabeza, y esto sencillamente porque la experiencia les había indicado que,

por semejantes personas pueden ayudarse otros muchos spiritual y temporalmente si ellos se ayudan; y así se haze con tales más fruto; por el qual y no por razón de las riquezas o grandezas, que de suio antes mouieran a las de huir, se prefieren sus conuersaciones a las de la gente común. Debaxo desto se entienda el ayudar a todas personas, que tienen cargo de otros, como son maestros, curas, etc.; a quien aprouechando, se prodrían aprouechar otros”<sup>105</sup>.

Dentro de este rubro de personas con capacidad multiplicadora que podían hacer el retiro completo estaban algunos caballeros, gentilhombres de buena fama, señalados en letras y virtudes con quienes se tuviese amistad; religiosas y religiosos, personas “que se suyo atienden a obras pías y saben las cosas de la tierra en que más se desseruirá Dios, [y] en que más se siruiría, para saber lo dicho es úti conuersar, para ayudarlos y aiudarse dellos en la obra de Dios”; jóvenes de ambos sexos, personas “ábiles y doctas, y conuenientes a lo que se ve, para seruir mucho a Dios y ayuda de sus próximos, si entrassen más en el conoscimiento de sí y de su criador, parece sería bien empleado el tiempo que con ellas se gastase en conuersaciones, y aun los exercicios completos...”. Todos ellos,

<sup>102</sup> *Ibíd.*, p. 755.

<sup>103</sup> *Ibíd.*, p. 786.

<sup>104</sup> *Ibíd.*, p. 786.

<sup>105</sup> *Ibíd.*, p. 787.

según nos consta en los párrafos precedentes podían hacer toda clase de ejercicios, desde los completos hasta sólo “algunos” y sería mejor aquellos de “los que se juzgase serían más estables en el bien, quando una uez se aprovecharen espiritualmente serían de preferir a los que se muestran menos estables, para ejercicios especialmente”<sup>106</sup>.

### 3.2. Comentario

Queda establecido con claridad que no se deben dar Ejercicios a casados, religiosos o inhábiles, especialmente cuando haya otros más idóneos para practicarlos. La instrucción está claramente estipulada y nos remite otra vez a la propia experiencia de Ignacio que buscó, que removi6 todas las instancias hasta encontrar sujetos capaces, dignos e idóneos para ser preparados y, en su momento, dedicarles todo el tiempo necesario. Esto cuestiona nuestras inercias y rutinas en la búsqueda - o la cómoda espera - de ejercitantes en el mundo de hoy. Ante las dificultades y problemas, ante los retos que nos plantean los jóvenes y los universitarios, obviamente es mucho más fácil y cómodo un auditorio cautivo de religiosas y algunos seglares comprometidos que ya han hecho su opción. En este sentido, comprobamos el hecho de que Ignacio seguía siendo claro en su concepción de los sujetos preferentes e idóneos para la práctica de los Ejercicios Espirituales completos. Veamos cómo, en la instrucción que escribió a los jesuitas de los colegios de Portugal, dejaba perfectamente claras sus indicaciones y recomendaciones sobre el tipo de personas que debían ser admitidas para practicarlos. Los sujetos idóneos - decía - han de ser personas de valer, aptas para elegir estado de perfección o de cuyo aprovechamiento redunde el bien de otros y “si diese todos los ejercicios, daríalos a muy pocos, y letrados o personas muy deseosas de perfección, o de mucha manera, o que podrían ser para la Compañía”<sup>107</sup>.

## 4. Conclusión

Ésta fue la práctica de Ignacio y éstas son algunas de sus enseñanzas, mínima evidencia de los deseos del fundador para que se transmitiese uno de sus dones más preciados. Todo lo comunicó a los primeros jesuitas y les fue ayudando para que, a su vez, con sus propias cualidades y carismas lo comunicasen a muchos otros, especialmente a los de mayor esperanza y de quienes se presumía darían mucho fruto. Éste fue, asimismo, el desafío que aceptaron los primeros compañeros que anhelaban ser fieles a la herencia del Padre Ignacio. Éste debe ser también el reto de nuestro ministerio y práctica apostólica como lo fue para el padre Jan Philipp Roothaan, vigésimo primer Prepósito Gene-

<sup>106</sup> *Ibíd.*, p. 788.

<sup>107</sup> MHSI. MI. (1911). *Socii Lusitanis ex Comm.* Roma, incerto tempore. (1911a). Series prima, *Sancti Ignatii de Loyola Epistolae et Instructiones*, Tomus duodecimus, Vol., 42, Matriti: Typis Gabrielis Lopez del Horno, p. 294.

ral, conocido como “el hombre de los Ejercicios” quien comenzó su misión al frente de la Orden restaurada y decidió impulsar la práctica de los Ejercicios Espirituales pues estaba convencido que, sin ellos, no se podría entender jamás la obra de Ignacio de Loyola, los primeros compañeros y los jesuitas de la primera generación. Repetía con insistencia que la práctica fiel de aquella metodología había permitido a la Orden no solo su fundación sino su formación y establecimiento en la mayor parte de la Iglesia universal hasta antes de su supresión en 1773. Por otra parte –decía- si realmente queremos restaurar la Compañía de Jesús, debemos volver a las fuentes de nuestra legislación que fue inspirada y fundada por los mismos Ejercicios Espirituales. Decidió volver a la práctica establecida en el Decreto N° 29 de la Congregación General VI de 1608, en el sentido de que todos los jesuitas deberíamos vivir la experiencia del retiro ignaciano, al menos de ocho días, todos los años. De este modo, en 1834, escribió a los Provinciales su Carta Circular “*Sobre el estudio y uso de los Ejercicios Espirituales de nuestro Santo Padre*” en la que decía: “Como nuestros primeros padres y aquellos que después los siguieron, no fueron transformados en otros hombres sino con la práctica de estos Ejercicios Espirituales, así nosotros, usándolos en el modo debido, podemos esperar confiadamente el mismo fruto del espíritu para nosotros mismos”<sup>108</sup>. Hoy, como en la fundación, expansión y más tarde, en la restauración, el ministerio de los Ejercicios Espirituales tiene que estar al centro de las opciones de la Compañía de Jesús porque no nos pertenece, porque es universal y debe ser para la Iglesia.

<sup>108</sup> ROTHAAAN Giovanni. *Lettere del Preposito Generale ai PP et FF. della Compagnia di Gesù*. Testo manoscritto e litografato. Romae: [s.n.], 1830-1837, 1.